El joven de los trece mil títulos

Angel Valbuena

Capítulo 1

INTRO

Las palabras, en cierto modo, faltan y sobran, a la vez. Es como una especie de rito espiritual. Una especie de balance cósmico en que, hasta lo verbal, parece llevar consigo un peso hereditario, un peso que va más allá de la simpleza de un significado, de una acción o una serie de acciones.

Es complicado. Es sencillo a la vez.

Es una cuestión de estarse y no hacerlo, de ser y no ser, de irse y quedarse al mismo tiempo.

Desdoblarse enteramente desde el preámbulo de una idea, desde la partícula inicial de un sentimiento, desde la lógica matemática de un argumento, desde la estratagema lúcida de una experiencia y encontrarse con la vasta conclusión. Pero no concluye tampoco y eso lo entendí demasiado tarde.

Él me lo hizo comprender cuando ya me siento viejo, cuando creí que ya mi vida no podía retomar un carril nuevo, cuando pensé que el silencio era la mejor resolución para los dos (para mi cuerpo y mi alma) porque ya no soportaba, tampoco, la idea de escribir cosas para nadie.

Ahora está él. Ahora está conmigo, sentado ante una mesa de caoba de verdad, rodeados de libros, rodeados –literalmente– de palabras, de ideas, de sueños, de otros mundos y colores, de otros mundos y otras gentes.

Es complicado y demasiado sencillo también. Pero no puedo evitarlo, él me ha hecho escribir otra vez.

Él me ha hecho enmudecer mi propio mutismo a punta de palabras, de ritmos, de historias, de versos, de rabias, de vidas, de muertes, de amores, de fracasos, de verdad.

Él me ha devuelto una vida que creí perdida, una vida que, por consuelo, esperaba acabase de un amanecer a otro: ya no más.

Capítulo 2

Un asunto compuesto por palabras

«La dicha de las palabras surge

del silencio que me aguarda

cuando me siento del todo solo»

Moisés Beltrán

CAPÍTULO 1

Cada cosa tiene su lugar y su momento. Cada palabra dicha y cada palabra por decir tienen, por ambos lados, una circunstancia y una errata, un bien y un mal colgados del cuello, como campanas.

El hoy, por ejemplo, tiene su propia campana. Las cosas del hoy giran en torno, todavía, a las fuertes declaraciones que el maestro de las letras, Moisés Beltrán, dijo hace ya más de diez años respecto a su completa renuncia del mundo literario.

Sus palabras, cada una de ellas, fueron dichas casi a las patadas, a pesar de haber sido tan diplomático como cualquier otra figura del medio artístico. Pero se le notó demasiado la rabia, la congoja y la depresión que traía consigo, a cuestas, desde hace, más o menos, año y pico.

Algo lo forzó a forzarse esas palabras. Algo lo forzó a forzarse el escribirlas, el salir al aire y leerlas, intentando mantener una calma prudente ante las cámaras y micrófonos de no sé cuántas estaciones y

televisoras.

El mundo entero se quedó perplejo ante la escapada de aquel magnifico hombre, ante la inacción de sus amigos, ante la total desaparición física, horas después, del que había sido conocido y reconocido bajo el seudónimo de Moisés Beltrán.

Aquel hombre ya no era hombre. Apenas era un nombre recordado, todavía, por la difícil tarea de superar su muerte, aunque no haya muerto enserio.

Un nombre que viajaba calle arriba, calle abajo, de ciudad en ciudad, de puerto a puerto, llevado por el viento y las voces de quienes lo leyeron, de quienes todavía esperan, así como yo, volver a ver su nombre impreso en la portada de otra fenomenal historia, de otro increíble libro.

Moisés Beltrán, el maestro de los maestros contemporáneos, prefirió darse muerte ante los ojos del mundo antes de verse muerto, de verdad, por sus propios y oscuros pensamientos, por sus propias decepciones.

Prefirió deshacerse del seudónimo y volver a ser el hombre que fue alguna vez, antes de valerse de cualquier reconocimiento, antes de perderse, como se pierden algunos, entre la fama y la gloria, fugaces, de los tiempos actuales.

Entonces quedamos los que quedamos, extrañándolo de corazón.

Quedamos los que quedamos, de brazos cruzados y mente inquieta, auspiciando esperanzas a un posible renacimiento, muy a pesar del tiempo que tome, muy a pesar de lo improbable del asunto, pero aquí estamos, a la espera del resurgimiento del gran Beltrán, el gran Moisés Beltrán, para siempre.

Capítulo 3

CAPÍTULO 2

Una vez, cuando era todavía joven, le pregunté, muy ingenuamente, a un profesor: ¿a dónde fueron las palabras después de ya leídas? Y aquellas que nunca fueron leídas, ¿qué les depara la vida que nunca tuvieron?

Claro está, el hombre se quedó frío ante mi extraño predicamento, ante mi tan errática forma de dilucidar las cosas, las realidades y la naturaleza de las palabras.

Pero tuve razón al preguntar cuando lo pregunté, porque ya en ese momento se gestaba en mí una literatura extraña, una idea congénita heredada por siglos y siglos de escritores paridos ante un destino que, simplemente, los dejó correr a ciegas con el corazón roto, con el alma hueca, con la mente atareada o con los oídos embadurnados de voces.

Una vez, cuando no era padre todavía, mi mujer me preguntó, en aquel entonces, si quería niño o niña. Las palabras que le dije no puedo repetirlas, no porque hayan sido groseras o privadas, sino porque no recuerdo, ni recordaré nunca, qué fue lo que, con exactitud, le dije.

Solo recuerdo la cara de espanto que puso y las mil y un groserías que sacó de su repertorio de barrio, porque fuimos jóvenes del barrio, nacidos en el barrio, criados en el barrio, con gente de barrio, pero nunca fuimos, del todo, como el barrio. A veces.

Entonces la marca del pasado quedó prensada en nuestro mirar, en nuestro decir y no decir, porque decíamos demasiado con la boca cerrada, sobre todo antes de tener a Sebastián, sobre todo cuando tuvimos a Sebastián.

Y Sebastián fue libro y persona, así como ella fue amante, libro y persona. Y fue privada. También fue pública y luego se volvió una extraña. Entonces mi mujer no fue más mi mujer ni Sebastián fue mi Sebastián, porque lo llevó consigo, perdidos en un anonimato sin retorno.

El gran Moisés Beltrán era de todo el mundo y todo el mundo tenía que ver con el gran Moisés Beltrán… pero no ella, ni Sebastián, ni mucho menos Anita, que nació después. Me lo dijo con una postal antes de despedirse para siempre, antes de morirse para siempre, antes de matarme para siempre.

Entonces volvía a escribir y Sebastián volvía a la vida, y ella volvía a mi lado, y Anita me miraba por primera vez para conocerme, para reconocerme, para yo reconocerla a ella.

Una vez, estando no tan joven ya, decidí olvidarme de Moisés para siempre. Y lo pensé y lo pensé y lo pensé y lo escribí y lo volví a pensar y lo escribí otra vez y, maldita sea, lo volví a escribir lo volví a pensar lo volví a traspapelar entre mis no sé cuántos Sebastianes, entre mis no sé cuántas Anitas, entre mis no sé cuántas Desirés.

Nunca pude arrancarlo de ahí, de ellos, de mí, de nadie, de ninguno, porque solo lograba transgredirlos a ellos: a Sebastián, a Anita, a Desiré y al desgraciado de Beltrán también.

Porque no quería entenderlo, pero tenía que entenderlo, así como también tenía que entender que ya su tiempo no era suyo, que la pluma debe descansar.

Así y solo así podría olvidarse de Moisés, olvidarse de Sebastián, olvidarse de Anita, superar a Desiré, quitarse la ropa de artista y ser, una vez más, aquel don nadie que jamás debió saberse transgresor, ni creador, ni poeta, ni novelista, ni cuentista, ni ningún otro maldito ‘ista’.

Un pensamiento momentáneo, solo eso fue suficiente, solo eso fue necesario. Solo eso era lo que debía aferrárseme en la garganta, en las venas y en el corazón para, finalmente, hacerle entender al entendedor que ya nada volvería a funcionar y que nada estaba funcionando desde hace rato.

Que no sirve de nada escribirle a nadie porque nadie se queda en ninguna parte, solo siguen hacia adelante, hacia la dirección que más o menos les conviene, hacia la menguada tarde o la mediana noche, para acicalarse los nervios, para darse amor bajo las sábanas, para decirse un ‘te amo’ de lo más insípido antes de dormir. Pero nadie se queda, aunque permanezcan del todo inmóviles.

Entonces Moisés Beltrán se marcha. Se marcha en retroceso en busca de su verdad, aquella que sigue sin olvidar, aunque no la tiene del todo clara, porque el que alguna vez fui, aquel que no se llamaba ni Moisés ni Beltrán, se teñirá de azules drásticos y se fundirá, para siempre, con un olvido que le desespera desde que olvidó cómo se escribe, para qué se escribe y por qué se escribe.

Capítulo 4

CAPÍTULO 3

A solas, de nuevo. Otra sorpresa nada sorprendente, similar a la sorpresa de toparme con otra carta, con otra felicitación, con otro premio a mi nombre, con otro ramo de costosas flores.

Los únicos colores que he aprendido a apreciar desde el encierro yacen, precisamente, plasmados sobre aquellos delicados pétalos de rosas, de lilas, de acacias, de hortensias, de geranios, de jazmines, los que me regalan, los que he sembrado también, durante este último par de años, en el jardín trasero.

Los mismos que dejo a un lado de la puerta en cada habitación, desde la entrada hasta mi recámara, para así darle eso, precisamente, a esta fortaleza que me cobija: color. Además de letras, además de palabras, darle color.

A solas, de nuevo, deambulo el estudio en busca de algo que sé que ha vuelto a hurtar de mis adentros. Algo que, sin gloria alguna, no teme en alejar de mí cada vez que le da la gana, extirpándome el recuerdo latente de quien, alguna vez, fue mi madre, obligándome a olvidar a la mujer que, todavía no logro entender, odia más que nada, más que a nadie en el mundo, un mundo que sigo sin siquiera conocer solo porque no me interesa.

Es difícil interesarse en un mundo como ese. Un mundo que no tiene cabida para lo que llevas contigo cuando eres diferente hasta de los diferentes, cuando eres de una minoría que no es minoría solo porque llevas el título de ‘élite’ superpuesto a la palabra, y eso ya te hace, de nuevo, diferente.

¿De qué sirve saber tanto de tanto?

¿De qué sirve ser capaz de entenderlo todo si las cosas más humanas empiezan a serte tan ajenas que, lo menos que puedes sentir de ti mismo es, precisamente, ser humano?

Devorarlo todo con una facilidad indescriptible, aprenderlo y aprehenderlo, ejecutarlo, modificarlo, perfeccionarlo, alterar el resultado original y crear, recrear, parir otro muy distinto, mejorado, y que te llamen genio por eso, por lo otro, por lo demás.

Ganar premios y premios y premios, todos sin valor real, a fin de cuentas, porque ninguno me representa como sí representan su valor económico a las ambiciones de mi padre. Otro que no me entiende tampoco, porque no quiere hacerlo, porque no se queda siquiera un día en esta casa, solo es su ausencia la que me hace compañía.

El parecido que tengo con mi madre, insisto, podría ser la razón de su manera esquiva de no mirarme, de no hablarme más que en entrecortados, de solo dejarme mensajes por escrito mientras se atribuye, como lo ha hecho desde que tengo memoria, cada logro, cada mérito, cada triunfo, cada jornada, cada trabajo, cada galardón.

Se adueña de cada mínima cosa que lleve mi nombre relevándome, por completo, de un sentido propio de ser, de estar, de existir, de sentirme parte, de hallarme respuesta, de reconocerme y ser reconocido porque es mi nombre, mi rostro, son mis manos, mis ojos, mi cabello, mis palabras, mis acciones, mis palabras.

Son mis palabras, una y otra vez, las que quedan inyectadas en los anaqueles de un conocimiento perpetuo, no las suyas.

Son mis palabras, entre una cosa y otra, entre un tema y otro, entre una materia y otra, las que se desintegran dentro de una masa de sapiencias poco importantes, porque a nadie le interesa lo que a las minorías les interesa, porque a las minorías de élite tampoco parece importarle lo que, al resto, sean o no minorías también, les interesan.

Son acciones diluidas, minimizadas. Son acciones por un bien mayor que no ayuda a nadie, ni siquiera a mí, pero si a mi padre y a esta casa blanca, casa grande, mansión para uno, para mí, porque hasta los sirvientes son fantasmas.

Solo. Siempre solo.

Conmigo. Siempre conmigo.

Perder la voluntad para rescatarte a ti mismo es, en mayor o menor medida, un castigo autoimpuesto cuando no te quedan alas para despegar, para sobrevolar los muros del encierro, para perderte en la lejanía, como un águila, y alcanzar una vida llena de posibilidades, de errores, de fallas, de fracasos.

Despegar y así poder sentirme del todo humano, obtener el poder de desligarte de tan mecánico perfeccionismo, como el que me ató las manos, los pies y la voz, pero no la consciencia, aunque esta no pueda usarla para librarme ya de esto.

Solo soy otra ave enjaulada, otro pájaro exótico atrapado en esta enorme jaula humana, zoológico de uno, mientras me fragmento el alma y la mente entre libros y libros y libros.

Uno a uno, ya de memoria, los trece mil títulos que poseo en la enorme biblioteca del tercer piso no me han dado abasto para liberarme, para destaparme, para desgarrarme las entrañas con las palabras que llevo conmigo, con las palabras que ellos llevan circunscritas entre una y otra tapadera, atrapadas entre páginas, entre capítulos.

Y es que no me hayo entre una y otra oportunidad enmarcada. Sean o no poemas, sean o no relatos, sean o no novelas: no me encuentro todavía.

Es como si el vacío que percibo en mí, de mí, por mí, no tuviese siquiera un equiparable mínimo, un facsímil pretérito, un hermano mayor del cual tenga un parecido angosto, siquiera, aunque seamos de padres distintos, de madres distintas, de sangre distinta, de preludios también distintos.

Nada queda ya entre nosotros más que una casa blanca, una casa grande.

Capítulo 5

CAPÍTULO 4

Involucrarse, por transcripción, y culminar desfasado entre las palabras es como una cuestión de inicio y fin donde no hay ni lo uno ni lo otro, pero sí ambas cosas, en una especie de no-sé-qué mágico, cósmico, irremediable, indescifrable.

Nos quedamos ocultos, entonces, tras lo que decimos sin siquiera haberlo dicho de verdad, porque solo queda en la transcripción, en la cadena de eventos nacida por un desmesurado tecleo y una empedernida noción del uso, del hecho, del decir, del pensar, del sentir, del opinar, del transformar.

Y nos anclamos a la noción del irse y quedarse mientras, con un café junto a la pantalla, con los ojos cansados, enrojecidos por el trasnocho, culminamos un capítulo, y otro y otro y luego otro más y así una novela completa, un poemario, una colección de cuentos, un cuaderno epistolar, una biografía, sea propia, sea ajena. En fin, nos dejamos llevar. Nos involucramos enserio.

Empezamos por donde sea que debamos empezar, sobre todo cuando no hay un inicio claro, aunque se vislumbre una meta objetiva que a veces no lo es tanto.

Transcribimos los hechos de un pasado-presente-futuro que no vivió-vive-vivirá nunca porque son solo la paráfrasis de una voz que transita, más allá de la realidad, dentro de las habitaciones que suelo habitar cuando estoy de ganas, cuando estoy desnudo, cuando estoy a solas o cuando estoy acompañado.

Porque los fantasmas no descansan nunca y nunca dejan de contarme sus procesos, sus sílabas, sus proezas, sus fracasos, sus amores, desamores,

sus encantos y desencantos, el mejor polvo de sus vidas o el peor… todo en escala de sucesión, eslabones de una cadena que no tiende a desgastarse, pero yo sí.

Transcribimos y esa es la triste realidad de los que, todavía, se creen demasiado.

De escritores tenemos, apenas, el poder de darle una forma más o menos llamativa a la historia, al evento, a la trama, al culebrón, pero hasta ahí porque todo lo dicho es cosa ajena: son vidas que tienen vida propia desde mucho antes de ser ficción porque no son ficción tampoco, en lo absoluto.

Es una realidad plena y no plana. Una vida es una vida, así sean solo palabras, así sean solo eventos sin pruebas, así sean delitos sin culpables o criminales sin castigo. Todo es un evento universal: transcripción.

Palabras agotadas, desgastadas, sin preludio, sin interludio, sin clausura: puro y simple hecho, simple acción sobre acción sobre acción sobre acción, una y otra y otra vez, y una vez más para rellenarse, para hacerse lucir, presentir, para socavar un disfrute superfluo, vacío y sin significado alguno.

Todo va y viene, como el dinero, sobre todo las palabras.

Y las transcribimos para dejarnos sentir más allá de lo que se puede ver, de lo que se alcanza a ver, de lo que dejamos dejar ver de nosotros mismos, sobre todo cuando la palabra dicha se rehúsa a existir entre tus labios, más allá de la garganta, apretujada, petrificada, matándonos desde la interioridad que no la soporta demasiado porque el peso es demasiado y el sentir es demasiado y demasiado es el tiempo que ha permanecido ahí sentada.

Demasiado.

Demasiado.

Demasiado.

Y nos quedamos cortos al pensar sobre eso.

No somos escritores.

Escritores no, transcriptores sí.

Transcriptores es la palabra correcta, la palabra valiente, la verdad propiamente tomada de la verdad en sí misma llevada a niveles

imposibles, increíbles, indomables.

Porque no puedes domarlo como domas una opción, pero la opción tampoco puedes domarla del todo, aunque del todo te quedan opciones por tomar, por domar, por soltar, por tratar y compartir, como compartimos la palabra dicha, o como intentamos compartir la palabra pensada y la llevamos de la mano de nuestra mano, con la pluma, el lápiz, la máquina de escribir o a través del teclado: transcribimos.

Y Moisés transcribió alguna vez también, pero ya no pretende seguirse con esas cosas de tontos, con ese arte sin artistas, con ese afán de decir lo que todos saben y que a nadie le interesa, no importa lo bien dicho que esté o lo hermosamente escrito que haya nacido: es demasiado tarde.

Moisés transcribió alguna vez también y lo hizo con el corazón, cuando todavía tenía.

Se hizo y deshizo entre páginas, todo a mano, todo a lápiz y papel, todo a la manera antigua porque le gustaba equivocarse, tachar, rayar, subrayar, dejar una marca aquí y otra por allá, capítulo a capítulo, página a página.

Le gustaba andarse merodeando entre los fantasmas que le decían lo que decían, y él escribía lo que escribió, lo que ya no seguirá escribiendo… lo que ya no me importa seguir escribiendo porque me es del todo ajeno, vacío y sin sentido.

Ya no me veo –ni me veré– en ello.

No estoy ya en eso porque morí, porque me mataron. Y si no he muerto todavía, entonces me mataré para no padecerlo, ni padecerme, ni padecerle a nadie más…

Capítulo 6

CAPÍTULO 5

He quedado corto de pensamiento, de palabra, de obra, y todo a causa del desvelo. He quedado corto, también, de colores al ver desaparecidos todos y cada uno de los floreros, todas y cada una de mis delicadas flores, ahora, perdidas en un abismo sin otro nombre o significado más que el de mi padre.

Porque ha venido solo a hacer de las suyas en esta casa, que no es una casa sino una prisión en la que me tiene amablemente arrinconado. Los vestigios de mi madre no volvieron a su sitio y las flores han tenido su mismo destino.

Entonces he quedado prensado al blanco-sobre-blanco de las paredes, al blanco-sobre-blanco del silencio de esta vida mía, vida que siento no es más que un esclavismo premeditado.

Madre, madre mía, señora de las luciérnagas: tu ausencia se nota, no en la casa, sino en mi corazón.

Madre mía, señora de las lunas de oro: te has quedado anclada en una frontera sin cuerpo, en una frontera que resguarda mi padre cual Cerbero solo para evitarme el cruzar de miradas, de palabras, de pensamientos.

Porque estás ahí, en alguna parte, y él hace de las suyas para dibujarme paredes alrededor y no encontrarte, no reconocerte en el exterior que me ha negado la normalidad del ser, lo habitual de la juventud, la amabilidad de la vida.

Solo me ha dejado el blanco-sobre-blanco de una soledad intranquila, el blanco-sobre-blanco de un silencio abismal, el blanco-sobre-blanco de un

olvido insurgente.

Ya he dejado de ser un niño, madre, pero no logro sentirme todavía un hombre.

No logro sentirme todavía un alguien imperecedero, un alguien deambulador, un alguien de nombre, rostro y palabras reconocidas, reconocibles: solo soy un experimento, una rata de laboratorio, un resultado latente y próspero que le da respuestas al bolsillo de otro, que le da peso al estómago de otro, que le da un futuro a alguien que se ha llevado el mío consigo, que me ha hurtado el nombre, el rostro, la mirada y me ha convertido en símbolo numérico, en papel moneda.

He dejado de ser un niño, madre, pero el zorro astuto de mi padre prefiere mantenerme en pañales, mantenerme soldado, a la fuerza, a sus mandatos, a sus designios, a sus deseos. Solo soy una fábrica de cosas que no me sirven, de cosas que sirven a otros que desconozco –que no me importan–, de cosas que complacen a mi padre –que tampoco me importa–.

Triste presagio silencioso, madre, el que supura mi nombre, que ya no es mi nombre.

Destino incierto para los que llevamos el peso de la locura hecha conocimiento, de los que llevamos la juventud por delante como una máscara de futuros mejores, porque eso es lo que importa: el futuro es lo que importa y no yo, el futuro es su interés y no yo, las generaciones que me comerán a través del papel y no yo.

Porque solo soy una estaca clavada en una época, en un momento preciso de la historia, sembrado ahí para cambiarlo todo, para alterarlo todo, para mejorarlo todo y traer un mañana mejor al hoy por hoy.

Traer una respuesta que nadie tiene, que todos quieren y que nadie necesita en verdad, simplemente porque están ocupados con sus propias realidades, las próximas a ellos, las que los delatan en verdad, y no yo.

Madre, madre mía, señora de las luciérnagas: tu nombre ha quedado lapidado en el conocimiento de uno, así como mi nombre, porque solo quedamos tú y yo, el uno con el otro, tú desde la muerte y yo desde la no-vida que llevo, desde esta casa blanca, casa grande, casa de uno, prisión galante, prisión mía.

Y te hablo para no olvidarme, para no olvidarte, para no perder la costumbre de hablarle a la nada que me circunda y recordarle –aunque no quiera– que sigo aquí y que respiro, que sigo aquí y todavía hablo, pienso,

camino, como, duermo y lloro.

Recordarle que el niño de mi padre ya no es un niño porque el espejo me lo recuerda, porque mi voz gruesa me lo recuerda, porque el vello en mis piernas, brazos, rostro y pubis me lo recuerdan –aunque no lo quiera, aunque no le guste– y yo se lo recalco para mayor martirio suyo.

Soy un hombre, madre, un hombre sin consuelo, sin color, sin belleza.

Soy un hombre, madre, que se ha perdido en la oscuridad y todavía deambula, a ciegas, buscando un camino, una senda, una luz a la distancia, faro de salvación, pero solo tengo lo que tengo: blanco-sobre-blanco.

Capítulo 7

CAPÍTULO 6

Es difícil desaparecer cuando yaces, todavía, latente en la memoria colectiva. Es complicado, también, deambular por las calles vistiendo una máscara a medio hacer solo para no desnudar, del todo, al que alguna vez transitó el mundo con otro nombre, un nombre que también es mío, pero que no deseo volver a llevar porque ya no soy ese hombre, no quiero serlo más.

Entonces las cosas cobran un sentido de disfraces y actuaciones, sobre todo cuando debes lidiar con gentes que te reconocen (al de antes) y tener que decir que se ha confundido, que no eres (porque ya no eres) esa persona, que eres alguien más, otro distinto, desconocido, fantasma de carne y hueso.

Se quedan con la duda a cuestas. La confusión les hace volver la mirada, una y otra vez, antes de alejarse, porque están totalmente seguros que eres quien solías ser, pero ya no. No lo dejan morir en paz, no me dejan matarlo en paz. No quieren soltar al hombre que se llenó los bolsillos escribiéndole a nadie, aunque todo el mundo lo leía.

Porque no tenía a quién escribirle, pero lo hizo de todas formas con la esperanza de alcanzar la tierra prometida, esa donde no le escribiría más a los fantasmas que apenas y tenían nombre, porque sus rostros vacilaban, desde hace rato, en su memoria, en mi memoria.

No, no me dejan morir. No me dejan matar ni a Moisés ni a Beltrán. No me dejan olvidar por completo a ese hombre que insiste en mostrárseme tras las vitrinas, librería tras librería, aparador tras aparador, como el “maestro de las letras del último siglo”.

Lo desprecio. Desprecio a ese hombre que se muestra, todavía, con mi rostro al otro lado del espejo. A ese que, todavía, lleva consigo el peso del nombre, del escritor, del fulano Moisés Beltrán, ese maldito alter ego que me arrebató la identidad.

¿Cómo me llamo? Qué importa: Beltrán estará ahí para usar mi rostro, mi voz y mi mirada. Estará ahí para ponerme su nombre a la fuerza y dejarme de lado, como un traste, arrinconado en donde los recuerdos son menos que recuerdos, donde las memorias son solo un atisbo de polvo y lágrimas secas.

Ahí, justo ahí, es donde estoy todavía vistiendo la piel de Beltrán como si fuese la mía, aunque es la mía en realidad, solo que él la tomó de mí y la llamó Moisés, me llamó Moisés.

Y miles de veces fueron las que firmé como Moisés mientras vivía la vida que me hice siendo el tal Moisés, que no era yo, pero que nació de mí, de mis publicaciones y de mis éxitos, éxitos que, verdaderamente, representan lo mejor y lo peor de mis monumentales fracasos.

Porque insisto en recordar a Sebastián, a ese que ya no existe porque, con los años, ya probablemente sea un hombre, uno muy distinto al que pudo ser teniendo un padre a su lado.
Porque insisto en recordar a Anita, esa que solo fue una fotografía fugaz en medio de una despedida disonante y aguerrida.

Porque insisto, con locuaz locura, creer que mi amor por Desiré valió la pena siempre y que fue ella la que no soportó el mundo de Beltrán. Yo ya no lo soporto, ni a él ni a su mundo.

Y es que todo lo que me ocurre, hoy por hoy, es un debatir insano entre encuentros y desencuentros conmigo mismo, con Beltrán, con el fantasma del que fui antes de Beltrán y con susurros incongruentes que me dicen, con grisácea armonía, que lo que hice fue un disparate sin precedentes. Estoy seguro que Moisés piensa lo mismo, pero no yo.

Estoy claro respecto a eso de que “sin uno no hay dos”, pero acá no somos, en realidad, dos, sino una muy bastarda ilusión de dos, porque solo es uno el que yace de este y aquel lado del espejo: yo mismo, que también es Beltrán, pero ya no más.

Y la cosa sigue igual, sea lunes o sábado, enero o diciembre, mañana, tarde o noche: entre Beltrán y yo insiste esa batalla entre encuentros y desencuentros con cada nueva mirada, con cada nueva voz, con cada nuevo curioso que me mira por la calle y, con cierta vacilación, con cierta excitación a medio disimular, vuelve a darme el nombre que no quiero, vuelve a darle nombre al hombre que, se supone, se ha marchado para no

volver jamás.

–¡Ernesto, amigo! ¡Cuánto tiempo!

Capítulo 8

CAPÍTULO 7

El blanco-sobre-blanco de hoy no es tan distinto al que me asoló la vida que no tuve ayer.

Opté por no abandonar la comodidad del sueño hasta pasadas las dos de la tarde, olvidándome por completo de la primera comida del día y sacándole el cuerpo al almuerzo, todo por un desgano que me ha dejado sin apetito.

Y sigo igual, a pesar de yacer ahora despierto. No hay hambre suficiente en este cuerpo que me doblegue a llevarme, siquiera, un pan a la boca sin sentir, primero, náuseas y, luego, fastidio.

Pero debo hacerlo, muy por encima de mis propios caprichos biológicos, solo porque he notado la casa muy distinta, porque he escuchado voces surgir de abajo y eso solo significa que mi padre ha venido a no hacer nada, como acostumbra. Pero su voz no vino a solas.

Prefiero evitarme incomodidad alguna.

Ya tengo suficiente con este dilema de comer sin hambre, de comer con náuseas, como para tener que apañarle también a mi malestar la presencia de mi padre, la presencia de un invitado desconocido.

La actitud servicial que adopta mi padre cuando trae a casa a esos sujetos importantes que solo le importan a él. Sujetos importantes que, por cosa de obligaciones impuestas y reconocimientos que me importan tan poco como me importan él y esta casa.

Debo conocer y atender, sonreír y hacerme la vista gorda de mi propio y amargo sufrimiento, ignorar mi abandono al abandonarme a mí mismo

por cosa de modales superficiales y felicidades ilusivas.

Cosas que solo un padre como el mío puede apañarle al hijo que ha esclavizado debido a su mente, a su conocimiento, a sus logros, al trabajo de toda su vida que, será, para toda su vida, aunque no tenga una vida en realidad porque se la ha quitado, me la ha quitado.

¿Qué nos queda más allá de esta mentira, detrás de esta falsa fachada que oculta la verdad que, para cualquiera, sería no más que una probabilidad inverosímil, un pensamiento obtuso, deforme?

Soy el genio al que lo parió una mujer, una mujer que murió demasiado pronto antes de verlo hecho hombre, un hombre que ha sido esclavizado por el padre que desprecia a aquella mujer que ya no está, que ya no volverá, pero que todavía ronda a hurtadillas entre recuerdos que yacen, todavía, lejos de su alcance, lejos de sus ojos, y de sus manos destructoras.

Entonces reaparece su voz servicial. Viene subiendo por las escaleras y resbala por el corredor para, luego, cruzar la puerta de madera tallada y mostrar su rostro de perro fiel y su bigotico de brocha bien peinada.

Cruza la estancia hablándole a un tal Ernesto mientras sonríe como sonríen los lacayos, los bufones, los payasos que solo saben entretener a los gobernantes. Pobre cretino infeliz.

–Y aquí está de quien tanto se habla en los círculos del saber –dice extendiendo los brazos como si publicitara un algo con la esperanza de venderlo al que más le pese el dinero en el bolsillo.

El tal Ernesto me mira, así como lo miro yo a él. No tiene, ni por asomo, ni por idea, parecido alguno con los no sé cuántos viejos que han venido a la Casa Grande.

No se parece, tampoco, a la caterva de catedráticos que me han visitado por cosa de hacerme perder el tiempo, por cosa de hacerme hablar de trivialidades y asuntos que ya resolví, una y otra vez, ante los ojos de los otros muchos.

Con asombro, con tedio, con desdicha, aquellos muchos tuvieron que calificar mis resoluciones como maravillosas, estupendas, increíbles. Solo buscan alguna manera de retractarlos, de hallar un error donde, por mucho que lo intenten, no habrá siquiera pista de ello.

Ernesto no se les parece ni cuando habla, porque habla como la gente de verdad: habla sin terceras intenciones.

Porque esos tipos, los científicos, los estudiosos, los catedráticos, te hablan con tres, cuatro o hasta más intenciones, todas siniestras, todas con valor numérico, con valor en moneda y papel. Pero no Ernesto.

El hombre que me tiende la mano con sencillez, con una sonrisa verdadera, con una voz pausada y triste, cansada y desalentada, me hace sentir que no estoy solo en esta jaula, que no estoy solo en este mundo.

–Espero pueda visitarme en otro momento. Estaría encantado de recibirlo tantas veces como aparezca.

Capítulo 9

CAPÍTULO 8

La suerte, tan perra como puede ser, solo sabe impedir el madurar de los tiempos cuando se enfrasca, como los mortales, en temas que ya han muerto, temas que deben terminar de morir, temas que, de pronto, terminan matando a alguien y nadie lo nota.

Ella no lo nota. No puede hacerlo porque es como un niño: la suerte solo sabe lidiar con curiosidades caóticas, con resultados definitivos, sea a un extremo o al otro de lo posible, de lo bueno, de lo malo, de lo terrible, de lo temible.

Y yo quedé atravesado por la flecha de lo malo cuando aquella voz insoportable se topó conmigo en pleno tránsito de la vida.

Había derogado, muchas veces, la oportunidad de la infamia, la oportunidad del destino, y me escurrí por los callejones que se alejan del tiempo que recorren los demás con tal de no toparme con nadie nunca, con tal de hacerme una prenda con los hilos del olvido. Creo que he fracasado en ello.

Quedé impregnado por la esencia de lo insufrible cuando este señor, de ridículo bigote y voz de esclavo resentido, logró perpetrar en las hebras del destino y hurtar un recuerdo claro y mío de los que fuimos, alguna vez, en una vida en que la juventud nos palmeaba los hombros con alegre y desaforado desdén.

Éste hombre y yo, desde siempre y hasta nunca, hemos sido, en lo mínimo, cercanos: él solo busca, sin remedio, una belleza en el vacío absurdo de un materialismo obsceno y decadente.

Nunca supe lidiar con su presencia y nunca pude tragarme, tampoco, el malestar que me causaba su vida cuando se entrometía en la mía. ¿Fui un iluso, quizá, al creer que los fantasmas no deambulan por las calles? Probablemente, muy probablemente.

Entonces me arrastra la corriente que trae consigo, el diluvio de su pesada insistencia y su tan profana manera de sobre exigirle a los halagos un derecho que no poseen, un derecho que nadie puede otorgarle nunca, pero que es inevitablemente fácil de robar.

Termino con su molesta compañía arruinándome el día, atiborrándome de un palabrerío, siempre vacío, tanto los oídos como la mente. Me siento seca la médula del pensamiento porque me drena la inocencia de lo intelectual.

La reemplaza con esa sonsa y para nada bien disimulada estupidez que caracteriza al chupa medias sin remedio. Pero surge de entre sus palabras una única cosa de interés verdadero, de interés humano, de interés intelectual.

Mis neuronas revolotean recobrando la vida que, pensaba, habían perdido en el período de tan tensa conversa. Porque existe alguien a quien debo conocer y, aunque lo diga en un tono, para mí, insoportable, su frase tuvo un sentido, del todo, indescifrable.

¿De dónde ha salido una mente como esa?

¿De dónde ha salido un individuo con tales méritos?

¿De dónde sacaré yo una oportunidad nueva para conocerle?

Opto por seguirle el paso. Opto por cederle mis horas para transitar la ruta hacia aquella vida que conozco de rumores nada más, aquella vida que, con la mejor de las suertes, sea una realidad palpable y no solo un rumor exagerado ni un mito fácilmente desacreditable.

–No te arrepentirás, lo prometo.

No le creo.

No puedo creerle.

No voy a creerle.

Le creeré solo a mi propio impulso de necesidad, de curiosidad, de encuentro. Porque será un encuentro lo que se suscite tras romper la barrera del rumor, desatar los cabos que sujetan al mito y develar el

rostro del hombre que yace el otro lado de palabreríos ajenos.

Porque la vida misma es un asunto de palabras, tanto propias como ajenas, que dibujan rostros sobre el rostro de los otros, que disfrazan las verdades de quien ha alcanzado un mérito para así exaltarlo, para así tildarle esa maldita palabra, ese maldito título que los círculos de élite le trasponen a tu nombre, a tu rostro y a tus propias inclinaciones.

Te vuelves el título y tú desapareces.

Te vuelves un algo mas no vuelves a ser, jamás, un alguien. Siquiera vuelves a ser ese alguien que originó el algo en que, por forzosa respuesta, has tenido que adoptar como vida.

Deambulo entonces entre las paredes de una casa blanca, enorme, demasiado para mi gusto. Parece ser el único color que habita tan enorme prisión: blanco en las paredes, blanco en la fachada, blanco en los muebles, blanco en los contornos, blanco hasta en las sombras.

Es un circo, un trágico circo de blancos-sobre-blancos que me oprime el pecho, que me deja sin aire de a poco. Solo en el estudio, al cruzar la rústica puerta, también blanca, es que encuentro atisbos de vida y color.

Un escritorio de madera trabajada, oscura, suave al tacto, yace perfectamente ubicada en el centro del salón. Tras este, una biblioteca de un marrón similar oculta el blanco-sobre-blanco de la pared de largo a largo, desde un extremo de la habitación hasta el otro.

El sillón que habito, también marrón, parece haber sido hecho a la medida, con la paleta de colores que complementa el resto del inmobiliario que condecora aquel estudio bicolor: marrón-sobre-blanco.

Sus palabras parecen no agotarse. Su voz parece no cansarse de dar vueltas y repetir, como si no lo notara, cosas que ya ha dicho un sinfín de veces. Opto por acallarlo tan solo un segundo, alzar la voz y disparar una pregunta, solo una, para sacarlo de su ensimismado discurso circular.

La sonrisa bajo el bigote me da grima.

Me pide que lo acompañe, que disculpe su descuido, que había olvidado la razón de haberme traído, la razón verdadera por la que quería tenerme aquí. Escaleras arriba, con el caminar pausado, voy detallando la escasez de vida del paisaje que, siento, me devora sin remedio.

Y ahí la veo, enorme y titánica, una puerta doble de madera tallada con figurines en relieve. Llega casi al techo: toda una obra de arte.

La voz tras el bigote me hace pasar y cierra, entonces, la puerta tras de mí. Una figura menuda, de larga y oscura cabellera, yace sentada ante una mesa, indudablemente, esculpida por el mismo artista que dio vida a aquella puerta que he dejado atrás.

–Y aquí está de quien tanto se habla en los círculos del saber –dice extendiendo los brazos como publicitando algo en vez de presentarme a alguien.

He creído, he pensado, he imaginado que quien yace ante mis ojos es, en cuestión, una muchacha. Pero no.

He creído, engañado por la finura de sus facciones, por el largo de su cabello, por la delicadeza de sus manos, que he conocido a una mujer. Pero no.

A quien tengo ante mis ojos no es más que la figura de un joven. Un joven perseguido por tantos pensadores y críticos, deseosos de destruir cada logro por él alcanzado. Y lo único que logro ver en su rostro, en su mirar, incluso en la manera de saludar con la mano, es un pesado y lúgubre vacío, una amarga tristeza joven.

Es como verme al espejo. Es como traducir cada palabra, dicha y pensada, colocarle rasgos humanos propios para, luego, sentarse en silencio y que te haga compañía. Tal vez se trate de eso: un asunto compuesto por palabras que, al final, no serán mucho más que solo palabras.

–Es un placer conocerte finalmente, jovencito –digo al sentir su delicada y casi etérea mano sobre la mía; –Ernesto Marín Alameda, siempre a la orden.

–Rubén Marcano Suárez –dice luego con una voz transparente y casi marchita; –El placer es todo mío.

Capítulo 10

Una fugaz mirada a las emociones

«No me queda tiempo cuando

lloro lo que no lloré, simplemente

para ahorrarme ciertas lágrimas»

Moisés Beltrán

CAPÍTULO 1

Lo primero que me vino a la cabeza, al despertar esta mañana, no fue otra cosa más que degustarme un buen café, oscuro y dulce, como me gusta, y acompañarlo con un cuarto de pastel simplemente porque no me resisto al azúcar.

Sé que me matará un día de estos, pero ¿a quién le importa? Si he de morir, que sea con un café a mi gusto y su respectivo pedazo de pastel como acompañante.

Lo primero que me vino a la cabeza fue precisamente eso y nada más, porque Beltrán, al parecer, ha decidido cerrar el hocico y quedarse amarrado al sueño mientras dormía.

Hoy puedo pensar con mayor libertad, con mayor independencia, y no tener que lidiar con las ideas que ese maldito de Beltrán no deja de susurrarme todavía cuando le viene en gana.

Hoy soy solo yo.

Hoy soy solo Ernesto (o lo que queda de él), además de una billetera forrada, pero esa es de Beltrán.

Enciendo el estéreo para no escuchar la radio. Requiso mi colección de discos, esa que armé junto a Beltrán durante largos años, para así terminar escuchando, igual que cada mañana, el mismo disco que escuché la última vez que usé mi nombre de pila antes de quedar enmarcado tras aquella cortina imaginaria que me separaría de Beltrán, la misma que me separó de él durante el largo recorrido literario que vivimos "juntos", él por su lado y yo por otro, como borrado por la historia, la suya.

Este disco, esta música, estas letras pasadas de moda son todo lo que quedan de mí, de Ernesto, porque hace mucho ya que mis viejos murieron, al igual que mi pobre hermana Lucía, arropada por una locura súbita que nadie supo, nunca, cómo explicar.

Y así, al igual que ella, ahora es mi turno de lidiar con una locura propia: enfrentarme a ese otro yo que bauticé, hace tanto tiempo ya, como Moisés Beltrán.

Carne de mi carne, sangre de mi sangre, hijo y también padre, pero yo mismo, a fin de cuentas. Ahora es mi turno de enterrarme vivo, de enterrarlo a él, y quedar solo yo en pie mientras preparo el café otra vez.

Todavía queda pastel suficiente para una segunda ronda.

Todavía quedan ganas en mi paladar para una segunda ronda.

Todavía quedan fuerzas para una segunda taza de café, una grande, y un pedazo más de pastel, grande también, mientras resuena la música en el trasfondo.

Todavía quedan ideas propias de mí en mi consciencia, en mi pensamiento latente, en mis intenciones del día. El muchacho se me hizo presente, sin ningún referente previo, entre una idea y otra, y me pareció excepcionalmente curioso el asunto.

Suena entonces el teléfono.

No quiero moverme del sitio. Tampoco quiero bajarle a la música ni pausar, por nada del mundo, esa dulce cháchara a mudas que mantengo con tan exquisito corte de pastel. Pero nada me disgusta más que el repicar de un teléfono, sobre todo el de mi casa. Debo contestar.

Considero que no es otra cosa más que un asunto de extrema casualidad que sonara el teléfono ni bien se me cruzó su nombre en el pensamiento,

porque es precisamente él quien invade la línea desde el otro lado de la bocina.

Es la misma triste y casi apagada voz la que me habla, la misma triste y apacible melodía que decora su tono de voz, esa que no parece todavía la de un adulto, aunque hable como uno.

¿Qué pensaría Beltrán sobre esto?

Seguramente nada, porque no estaría aquí. Porque no habría conocido a este muchacho y sé que tampoco se habría molestado siquiera en conocerlo. Todo por mantenerse amarrado a asuntos y sucesos que nada importan, asuntos y personas que no volverán, que no tendrán su oportuna reiteración en los tiempos que faltan por vivir porque ellos, en sus vidas, no tienen tiempo.

–Perdóneme, señor Ernesto, la temprana hora, pero me encantaría recibirlo hoy, si apetece, aprovechando la completa ausencia de mi padre.

Su voz tiene un no-sé-qué que no tenía cuando me lo presentó su padre. No es solo la tristeza, no es solo el vacío, no es solo aquello que nos emplaza del mismo lado de un abismo que admiramos desde el borde –porque compartimos la misma orilla–. Hay algo más.

Tras esa voz hay algo que quizá no logre conocer o reconocer o nombrar de alguna manera. Hay algo que, muy probablemente, se quede con él, solo para él, a simple vista para alguien atento, pero sin llegar a ser reconocido de alguna manera.

¿Tiene, acaso, un algo similar a este algo que comparto con Beltrán?

¿Tiene, acaso, en medio de ese algo una inquietud que no logra suspender, precisar, detener o apagar?

–Muchacho, creo que debiste empezar por esa parte –bromeo y lo escucho reír tras la línea.

Y queda concretada, entonces, una cita para el presente día. Una cita sin motivo previo, sin planificación intensiva, ni cámaras, ni entrevistas, ni firmas de autógrafos: solo seremos él, yo y lo que sea que le impulsó a realizar esa llamada.

Quizá intentar llenar esa casa, tan enorme y tan vacía. Tan silenciosa, terriblemente silenciosa.

La música vuelve a la vida, así como el pastel vuelve a rozar mis labios y

el café vuelve a pasearse por mi garganta.

Hoy, siendo solo Ernesto (o lo que queda de él), luego del café, luego del pastel, luego de un baño lento, dibujaré mis pasos para perderme calle arriba y así conciliar una cita sin motivos entre desconocidos reconocidos: una mala costumbre que heredé de Beltrán, sin duda.

Capítulo 11

CAPÍTULO 2

Es interesante la manera en que Ernesto se deja poseer por el espíritu del sitio que le cobija. Está claro que su vida y mis libros tienen más en común entre ellos de lo que yo podría, siquiera, tenerlo con nadie.

Ni siquiera siento tener algo en común con él más allá de esa mirada bañada de tristeza, de su caminar lento y pesaroso, como si llevase una carga demasiado grande sobre los hombros. Este hombre, este tal Ernesto, parece como salido de las páginas de un libro, porque no me parece del todo real.

¿O quizá esta sorpresa se deba a mi tan mal acostumbrada relación con aquellos viejos pedantes? Porque, con la mayor honestidad del mundo, me atrevo a confirmar que no conozco gente más allá aquellos siempre estirados pensadores, científicos, catedráticos, todos con el pensamiento cuadrado y el corazón hecho piedra o carbón.

Siendo honesto conmigo mismo: sé que tengo más en común con ellos que con el tal Ernesto. No quiero sea así. Lo rechazo todo de profundis porque no pretendo parecer humano solo por tener el cuerpo y la mente de uno: me niego a ser solo una apariencia, una máscara rajada, un disfraz descolorido.

Me niego, terminantemente, a ser otro más encajonado entre la crema y nata de aquel circo de imbéciles prepotentes. Tampoco pretendo tener parecido alguno con mi padre y abandonar, irremediablemente, la herencia que mi madre ha plantado en mí desde una genética tan sabia como aquel Dios al que los hombres tanto temen y veneran.

Ahí es donde Ernesto cobra un sentido para mí y mis intenciones de ser,

muy por encima de todo lo que conozco a medias, yo mismo.

¿Vale la pena? Pregunto.

Pues claro que lo vale y esa será mi respuesta, siempre y cuando, madre, no abandones mi corazón en medio de esta blanca y silenciosa oscuridad, casa blanca, casa grande, casa de uno, mi prisión.

De nuevo: ¿vale la pena en verdad?

¿Valdrá la pena, al final, corresponderle un rechazo a los que me rechazan a pesar de mis tan contundentes éxitos?

¿Valdrá la pena luchar a contracorriente y hacerme de oídos sordos por el resto de mi vida con tal de ser, siempre, yo mismo?

¿El hombre común, acaso, hará lo mismo que planteo o solo es una locura que a este tan ignorante genio se le ha crecido en el imaginario?

Ernesto es mi respuesta. Ernesto, hombre común, hombre corriente, hombre como todos los hombres, me dará –quién sabe cómo– las respuestas que deseo de mí mismo, para mí mismo, porque por mí mismo no las puedo conciliar.

–Tienes, sin duda, la colección más preciosa que he visto en mi vida.

–Es una de las ventajas de tener una billetera sin fondo, supongo.

–Razón tienes, muchacho, pero solo en parte. La literatura es una cuestión más del alma que del bolsillo. Así que, ciertamente, con todo ese dinero podrías, si quisieras, llenar toda esta mansión a modo de biblioteca, con solo una copia por título, y así ser el poseedor de una incalculable cantidad de mundos, de sentires, de pensares, de ideas, de voces, de almas, pero nunca te sentirás satisfecho –dice con una voz que resuena firme; –Los libros solo ocuparán espacios como los muebles y esa no es la idea. La idea está en que puedas ser capaz de fragmentar tu alma tantas veces como libros tengas y, así, hallarte a ti mismo tras cada página leída, tras cada página por leer.

Curioso. Ernesto es un ser curioso.

Empiezo a verlo como tantas veces me han visto a mí, como tantas veces he detestado que me miren. Ahora los imito porque carezco de otra palabra para describir lo que rodea a Ernesto, lo que me embriaga de golpe tras escuchar aquel breve discurso, aquellas tan sentidas y crueles palabras, verdades todas: es curioso.

¿Debo, acaso, suponer que él me está estudiando?

¿Debo, acaso, pensar que el tal Ernesto, mientras se pierde entre mis trece mil títulos, ha descubierto cosas de mí sin siquiera haber dicho nada todavía?

¿O es que acaso, para el hombre común, mis actitudes son algo previsibles?

¿Me he convertido en un ser previsible?

Ernesto me mira me entonces con un gesto sorpresivo en el rostro mientras sostiene un libro que, sin importar la distancia, he de reconocer, incluso estando ciego: “Nunca pienses si te miro” de Moisés Beltrán.

No quiero que lo toque, madre.

No quiero que lo vea.

No quiero que respire sobre él, pero es demasiado tarde ya para evitarlo, demasiado tarde para rechazar a este invitado y mandar al diablo el reencuentro, el saludo, la sonrisa.

Capítulo 12

CAPÍTULO 3

Había olvidado a este Sebastián. Había olvidado, también, el martirio que, entre páginas silenciosas, florece mientras releo, con quietud e impaciencia, aquello que hice cuando habitaba las todavía tempranas manos de Beltrán.

Todavía yazco ahí sembrado, perenne y florecido, como una extraña flor, exótico espécimen de orígenes inusuales, de susurros ilusorios y palabritas dulcemente macabras, porque Beltrán sabe qué estoy buscando, porque sonríe mientras sonrío tras leer y releer algunas líneas, algunos versos, conjurando sufragios memóricos inevitables.

Lo veo como me ve él a mí desde el interior del encuadernado de tapa dura, desde el interlineado de doble espacio, a través de cada verbo trastornado. Y yo me encuentro, finalmente, reflejado en el mar que, ahora, surco a través de cada alusión inútil que hago a Sebastián.

El muchacho me mira entonces.

Me mira con una gravedad casi palpable, con una rabia ligeramente prensada, con un dolor de los mil demonios. Y todo aquello lo veo, no en su rostro, no en su actitud –todavía apacible y macilenta–, pero si en el triste ocaso que da vida a sus dulces miradas.

¿Así se verá Sebastián también?

¿Así de triste y rabioso será el hijo que ya no tengo?

No, no lo creo.

Ese espíritu de decepción es solo un asunto de Ernesto, un asunto que comparto con Beltrán, un asunto para nada sanguíneo, para nada heredable.

Un asunto, en realidad, arraigado solo a los espíritus idiotas, a las almas empañadas por el fracaso, como la mía y, al parecer, como la suya también, la de él, que me mira, todavía, con una gravedad insostenible.

"¿A dónde vengo sin haberme quedado?

¿A dónde iré sin haberme querido?

¿A dónde morir cuando tu nombre

–como el mío–

me sea del todo olvidado?"

Su mirada tambalea casi como ha tambaleado en mis adentros el Ernesto de aquellos años. Beltrán lo celebra con discreta emoción, con discreta parsimonia al seguir, influenciado por cada línea, por cada verso, por cada verbo, leyendo en voz alta las sombras de aquel Sebastián que ya no existe más.

Releo, por vez primera en años, aquellos vestigios sentimentales. Deseos e ilusiones ya marchitos. Cadáveres de hermosos sentires que, todavía, palpitan entre una y otra significación, entre una y otra tenue verdad circunscrita, entre una y otra ilusa ensoñación, porque son cosas del corazón.

Retomar estas páginas muertas es como echar una fugaz mirada a las emociones y zarpar hacia aguas ya conocidas, pero con la mirada de quien lo hace por primera vez.

"La mentira prevalece como

el tiempo mismo que la traduce:

insana y fiel

frívola y compacta

cruel e imperecedera"

Y Sebastián sigue ahí, en entero, tal cual permanecen en mí las nociones de aquel pasado que ya no existe, de aquel martirio que ya no avanza, de aquel prejuicio que nunca termina y un olvido que intento dejar tan atrás me sea posible, así como ha logrado inculcarle Desiré –al hijo que ya no

tengo– un olvido silencioso, perpetuo y voraz.

Porque sé que Ernesto murió para él el mismo día en que murió, también, para ella. Y es la fragilidad de este muchacho la que me devela, como una caja de sorpresas, muchas de las condiciones que no había logrado toparme ante el espejo: porque él es, ahora mi espejo, mi reflejo, mi ser pasado-presente, mis emociones en vela.

Todo viene de un juego de palabras.

Palabras de otro que solo soy yo mismo.

Palabras de Moisés, pero también mías.

Palabras de Ernesto.

Capítulo 13

CAPÍTULO 4

Apenas y reconozco mi voz cuando leo ciertas líneas en voz alta. Apenas y me reconozco luego de intentar sentirlas, porque no las siento como quiero, como espero, porque lo que surge de mi boca es, siempre, tristeza.

Esta es la primera vez que escucho la voz de otro enfrentarse a las mismas líneas contra las que me debato, al menos, una vez a la semana: tenemos un acuerdo pactado, un trato silencioso, reprimido entre el blanco-sobre-blanco de estas paredes porque hasta mi voz intenta levantarse de vez en cuando en medio de la blanca oscuridad de esta casa.

Lo que siento no es lo que siento en verdad, sino una parte, un fragmento, una pieza reducida que compone el cuerpo de un rompecabezas sin sentido, rompecabezas que yace, todavía, desensamblado y que intento, tras cada libro, tras cada obra, tras cada título, poner en su respectivo orden. Pero siempre fracaso antes de siquiera empezar.

"¿A dónde vengo sin haberme quedado?

¿A dónde iré sin haberme querido?

¿A dónde morir cuando tu nombre

–como el mío–

me sea del todo olvidado?"

Aquí es donde Ernesto ha logrado darle color a una de las tantas piezas que he intentado ubicar en ningún lugar de mi propio corazón.

Su voz, su lamento melodioso y su tristeza veterana han punzado en mí los colores que no llevo dentro, los colores que me han sido arrebatados desde una infancia desaparecida, desde una vida de esclavitud académica y un encierro meticulosamente programado.

Porque el malvado hombre del bigote, aquel que hoy yace hundido en medio de una riqueza inmerecida, me ha robado todo lo que debería llevar conmigo en mi alma y en mi corazón, más allá de este conocimiento sobrenatural que puebla, a puertas abiertas, la colmena de ideas que es y será, siempre, mi frívolo cerebro.

Porque busco algo más allá del conocimiento que poseo simplemente porque saberlo todo me hace sentir que no sé del todo nada.

Porque soy como una coraza vacía que intenta saber si está parado donde debería.

Porque intento saber si aquel que me mira del otro lado del espejo cuando estoy desnudo es quien debería ser o si aquel rostro, aquellos ojos, aquel cabello son, precisamente, los que deberían ser, porque no me siento del todo conectado conmigo mismo.

Soy un extraño ante mi propia existencia.

Soy un alma extranjera habitando un cuerpo incorrecto, en un tiempo incorrecto, en una vida incorrecta, rodeado de la gente incorrecta bajo circunstancias, también, incorrectas. A excepción de Ernesto.

¿De dónde ha salido este hombre que sonríe con miradas apagadas?

¿De dónde ha surgido este ser que, con melodioso dolor, ha logrado devolverme a mi asiento con el corazón acelerado y los pelos de punta?

¿Habrá, allá afuera, más gente como él?

¿Existe más gente que pueda, con solo una lectura breve, con el simple uso de su voz y palabras ajenas, hacerte retumbar los cimientos de tu propia existencia y preguntarte cosas sin sentido tal y como hago justo ahora?

¿Podría yo, alguna vez, removerle las entrañas a alguien, así, tal cual él lo ha hecho conmigo?

Vuelve sus ojos a las páginas y su voz vuelve a fluir en medio de la nada que nos circunda: el blanco-sobre-blanco no es tal cosa, ya no, porque

todo yace, ahora, bajo el agua.

La voz de Ernesto ha logrado, desde mi desierta imaginación, hacer brotar agua de las paredes, también del suelo bajo mis pies, desde bajo la puerta.

Todo ha quedado hundido bajo las tibias aguas que ahora pueblo en compañía de mis más de trece mil títulos, en compañía de Ernesto, en compañía de su desilusionada voz mientras, verso a verso, página a página, me lee el libro que deseaba no tocase nadie nunca.

Espero no te disgustes conmigo, madre, por permitirle a Ernesto que manosee el último recuerdo físico que me queda de tu vida pasada.

Y ahora que yazco bajo las aguas, dime, madre: ¿estaría mal esconderlo? ¿Estaría mal alejarlo del alcance de sus ojos, manos y voz para así no volver a sentir celos, rabia o enojo, aunque estos hayan desaparecido ya? ¿O prefieres que lo deje ahí y vuelva a verme como pez bajo el agua, con el corazón acelerado pero el alma en paz?

Dime, por favor, madre: ¿qué puedo hacer yo para hacer lo correcto cuando ambas cosas lo son por igual? ¿Qué puedo yo aclarar de un panorama perfecto cuando el camino que se bifurca ante mis narices carece por completo de tropiezos?

Solo debo elegir.

Solo debo pensar.

Solo debo consignar la posibilidad de volver al tan mal acostumbrado yo que deambula a solas entre el blanco-sobre-blanco y el yo que le abre las puertas a Ernesto, como si su visita generase en mí un risueño despertar, un volver al mundo, al real, un mundo que él trae consigo hasta las profundidades de este blanco-sobre-blanco infernal.

Capítulo 14

CAPÍTULO 5

Se despedía de mí cuando la hora dictaminaba que era demasiado tarde para prolongar, más todavía, la visita. Me despedía de él cuando, por cosa de un descuido, noté que había dejado olvidadas ciertas cosillas mías tras la puerta de la enorme biblioteca.

No aparecen.

No están por ninguna parte, como si a ese juego de llaves le hubiesen salido patitas diminutas y se hubiesen dispuesto a jugar a las escondidas con las otras pequeñas chucherías que suelo llevar conmigo en los bolsillos del pantalón.

El joven de la casa grande ya había cambiado de semblante ni bien desaparecí tras la puerta la primera vez y, a mi regreso, habría sido él mismo quien me hubiese respondido el llamado pues, el tiempo de mi despertar no fue otra cosa más que un par de pasos dibujados entre la puerta principal y el vistoso enrejado que lleva hacia la calle.

Sus ojos, ahora vacíos de color, no son como los que me habían estado rondado durante el elocuente y para nada habitual día que habíamos compartido. Hasta su gesto de tristeza me pareció tan distinto y más pesaroso todavía de aquel al que ya me empezaba a acostumbrar.

Como mis pertenencias se negaron a reaparecer, tuve que suspender mi regreso a casa. Me veo obligado a tomar esta opción como única y ejercer, entonces, una estadía prolongada: me quedaré esta noche envuelto tras el blanco-sobre-blanco de esta mansión inaudita.

El gesto en su rostro, tras mi decisión, cambió como cambia el de los niños cuando conviertes un ‘no’ en un ‘sí’ sin vacilación. Y sus miradas

chispearon, casi, hacia afuera, lo que significó para mí que esto no era, como había pensado en un principio, molestia alguna, sino un cambio total en las, seguramente, cuadradas reglas de la casa.

Me pregunto entonces: ¿quién impone reglas tras estas paredes? ¿Acaso el pedante e insípido de su padre insiste en manejarlo, todavía, como a un niño desvalido?

¿Y es que acaso este joven carece por completo de una voz –conforme a sus deseos– con la que pueda, de una vez por todas, zafarse de aquel despreciable goblin bigotón y así lidiar con su propia existencia, según dictamine su desolada alma?

Hay, de repente, muchas cosas que quiero comprender de aquella vida joven, de aquella vida ajena a la mía, de aquel mini-Ernesto que, de cierto modo, me recuerda a Sebastián también, aunque nunca conocí bien a Sebastián tampoco.

Así es como en mí un instinto paternal insurrecto busca maneras de volver la mirada hacia aquel joven y tenderle la mano en cada movimiento, en cada intento por conciliar su afán de atención, de hacerse ver como un buen anfitrión.

Solo sembró ternura en mí esta noche, la primera noche, el primer cambio de programa.

Ernesto deambula, como aturdido, a lo largo de un pasillo blanco mientras Beltrán parece querer despertar de su letargo obligatorio: ya no estamos solos. Ya no somos solo una paternidad insurrecta y yo los que intentamos mantener el control.

Ahora surge una tercera voz, una tercera patente que, desde la ventana abierta, deja escapar un par de versos aprendidos de memoria. Versos sacados, evidentemente, de aquel montón de poemarios que nunca llegamos a escribir porque preferimos permanecer en guerra y yo mandé al carajo su carrera.

Entonces optó por seguir escribiendo a escondidas, en lo más profundo de mi cabeza, y se encargó de resguardar, texto tras texto, con el mismo afán con el que Fort Knox resguarda las no-sé-cuántas barras de oro que lleva en su interior.

Me convertí, así, en el depositario despierto de un poeta dormido, un poeta que no es otro más que yo mismo, pero que es otra persona al mismo tiempo.

"Y quedamos a la deriva, muchacho,

Como deseándole sueños al olvido

Como suspirando besos marinos

Como inhalando gases mortecinos

con una esperanza lacónica y voraz"

Y él pareció comprender el significado de esto que dije, aun cuando fue Beltrán el que lo hizo. Y me mira como preguntándose –o queriéndome preguntar– quién era yo realmente.

Mi máscara, con él, funciona a la perfección: no me conoce la cara de ninguna parte, aunque conoce el nombre, la vida y la obra del gran Moisés Beltrán.

Es, en este instante, el propio Beltrán el que le devuelve la mirada mientras dejo correr, por la ventana abierta, un poco de la fría brisa de la hora.

Es, precisamente, el propio Beltrán el que le sonríe y usa mi voz para preguntar por la cena y tintarle en el rostro a aquel joven un sonrojar, antes desconocido para mí.

Que no te sorprenda nunca, muchacho, lo que puede o no decir Beltrán cuando me posee, cuando me controla, cuando se me escapa de la prisión en la que debería estar enclaustrado, simplemente porque nunca cierro con candado las rejas.

Y todavía tengo la osadía de quejarme con él, como si fuese solo culpa suya.

El muchacho entonces desaparece con una disculpa nerviosa. Le otorgo solo cinco minutos –porque así me ha dicho Beltrán que haga– antes de seguirle los pasos hasta la cocina, antes de volver a tomar prestada mi voz y usar su falsedad de superestrella para escurrirme hacia un lado y hacerme quedar muy mal parado ante la joven alma que lo desconoce, que te desconoce, Beltrán, porque se supone deberías estar muerto.

Pero sigo aquí contigo, Ernesto, porque soy tú siendo yo, siendo tú también, porque somos, irremediablemente, uno mismo. Te guste o no.

Estoy donde debería estar, donde deberíamos estar los dos, tú y yo, nosotros, uno solo, deambulando una vez más, juntos, la vereda malograda que le ha tocado desdibujar a cada artista de la palabra gracias a su pasado conflictivo, a su presente descarriado y a su siempre brillante

e inmerecido futuro.

Eso somos, Ernesto, y que no te sorprenda nada luego.

Eso somos, Beltrán, y ya nada podría sorprenderme.

Capítulo 15

CAPÍTULO 6

La tarde-noche sucumbió ante el suceso de un desplante. La cita contemplativa entre otro mar de silencios –y demás ademanes del olvido– ha quedado, no aplazada, sino gustosamente desplazada, aunque tan solo sea de momento, y todo gracias a Ernesto.

Su manera de comentar y enaltecer lo caótico que gira en torno a tan maldito blanco-sobre-blanco viene siempre acompañado por una o dos indirectas menciones del molesto hombre del bigote.

He de admitir, madre, ante todas las luces del mundo –aunque no las conozca–, que su humor, ese que no me había mostrado hasta ahora, está tiznado de un algo que no alcanzo a precisar, pero que entiendo de buenas a primeras, sin demasiado esfuerzo.

¿Es cosa de mi inteligencia o se trata de otra cualidad, en mí, aún desconocida? No lo sé y no pretendo, tampoco, averiguarlo.

Por vez primera, en toda mi vida, pretendo renunciar a una búsqueda, a un saber, simplemente porque siento en mí, repentino, un poder que jamás había experimentado antes, un poder que, quizá, ya había logrado vivir de antemano, pero no estando tan al corriente de su entera esencia.

Quizá mañana, quizá más tarde, hoy mismo, dicho poder vuelva a tornarse una leve brisa, fría, olvidada y sin rumbo, apaciguando la euforia del momento que dictamina un reloj místico, mágico, neo-espacial, devolviéndome al estado usual del blanco-sobre-blanco.

"Pero quizá mañana lluevan

palabras efímeras en tu nombre

O quizá solo lluevan

mentiras pendencieras,

asuntos vulgares

Pero no olvides nunca, amor,

que el mañana es conmigo"

La imagen acuosa se vuelve, entonces, una realidad continua y casi palpable: el súper poder que trae consigo Ernesto desde el desconocido fondo de su adolorida voz, desde el más allá quebrado de su espíritu, muy a pesar de su sonrisa.

Ernesto es un hombre impensable. Una figura como la suya es fácilmente comparada con lo que conocemos como unicornios, porque se trata de alguien puro, dócil, mágico, inalcanzable. Pero al final, Ernesto es un hombre, tan solo eso.

Ernesto es un hombre que, a sus años, ha transitado parajes que me son, en parte, tan irreales como interesantes. Y el interés surge en mí gracias a su voz, gracias a sus versos, gracias a sus ideas y a su tan informal –y para nada disimulada– manera de recordarme cada tanto que, de los dos, el viejo es él y no yo.

"Alzá la vista y volá

pájaro sin alas

que la infinidad no espera

y la espera no es del todo infinita

así como la carne"

Y me da un zumbo la vida cuando empieza a llover hacia arriba. Aunque se trató solo de un instante, la acuática fantasía se tornó lluvia, una lluvia que asciende, que lagrimea de abajo hacia arriba porque, al parecer, Ernesto puede manipular el entorno.

¿Quién es este hombre, madre, que ha aparecido ante mi jaula y me visita? ¿Quién es este tal Ernesto, además de un conocido del hombre del bigote? ¿Qué cosas trae consigo que, sin palabras, siento que me llenan

desde el fondo del desconocimiento?

Búscame respuesta, si quieres, madre, por favor… aunque prefiero, de momento, la venda fuertemente ajustada, puesta sobre mis ojos, y navegar a tientas por los ríos, lagos y mares que este sujeto, este tal Ernesto, genera tras estas paredes cuando abre la boca.

La cuestión, cuando la miro, se torna un algo que no importa nada. Y justo nada, inclusive menos que nada, es mucho más importante –a mi parecer– que cualquier otra cosa, sobre todo cuando incluye al hombrecito del bigote, ese que no volvió a aparecer y, espero, no aparezca todavía.

Que la luna permanezca largo rato ahí donde está, asomada por lo más alto, decorando el domo central de la biblioteca, mientras inundamos la habitación entera con sonidos que nunca, jamás, se escuchan en el recinto.

Porque, además del blanco-sobre-blanco, aquí las voces parecen languidecer. Las voces parecieran no soportar, siquiera, una levedad aérea o una brevedad quimérica donde una palabra, un grito, un gemido o un quejido convulso no desaparezcan en medio de un mutismo absurdo, absoluto.

Aquí nadie habla porque nadie habita.

Aquí nada suena porque nada se mueve.

Aquí nada respira porque todo es mera apariencia, vacía apariencia, tal cual el hombrecito del bigote, el mismo de la voz nerviosa, ese que no se cansa de traer a cretinos y más cretinos solo para exponerme, casi, como un trofeo sobre un pedestal… un trofeo para nada merecido –cabe destacar–.

–Me has escuchado suficiente –dice mientras deambula por el recinto; –¿Te gustaría leer algo?

–…

Suspenso. La lluvia ha quedado en suspenso, detenida in situ como quien detiene una cinta de video. Yo, así como la lluvia, no puedo moverme, ni siquiera puedo esbozar una palabra, un reproche, una negativa o una evasión: simplemente he quedado en blanco.

He quedado suspendido en un margen temporal que transcurre sin mí y yo sin él para, entonces, caer en cuenta que la vida siguió hacia adelante, que la noche ha quedado atrás y que yazco a solas, sentado en mi habitación, con una laguna mental sin precedente, con el brillante sol asomado por la ventana y la amarga sensación de un hasta luego que no

puedo, siquiera, recordar.

Capítulo 16

CAPÍTULO 7

¿Lo sentiste, Beltrán?

Lo sentí, Ernesto. Lo sentí en cada minúscula fibra de este ser que somos, de este nosotros que nos sostiene todavía, a medias, porque casi ya ni puede.

No, casi ya ni puede. Y nosotros tampoco podemos, Beltrán, insistirle demasiado, exigirle demasiado, pero ese demasiado ha sido –desde siempre– nuestro tan predilecto placer culposo. Y no puedo culparte por ello.

No, no puedes.

No debo culparte por ello, tampoco, porque siempre he estado presente ante tal o cual posibilidad donde demasiado ya había hecho acto de presencia, donde demasiado no lo pensó siquiera para buscarse un espacio y yo, estando ahí, simplemente le dejé pasar.

Y demasiado fue el precio que pagamos, Ernesto, sobre todo porque fui incapaz de darme pausa. Fuimos incapaces de detenernos mutuamente porque, como suele suceder en la flor de la juventud, el éxito y éxtasis parecen doparnos de un sentir irreal y despiadado de desajuste.

Nos desajustamos, Ernesto.

Nos desajustamos, Beltrán.

Desajustamos las nociones de realidad que compartimos cuando los dos, que no somos dos en realidad, decidimos darle la espalda a la verdadera vida que nos persiguió, que nos suplicó y que, al final, no resistió ese

demasiado tan infame que resultamos ser.

Lo frustramos todo, la frustramos a ella. Le dimos una patada en el culo a la oportunidad, la verdadera oportunidad, de tener éxito, de ser un éxito.

¿Qué hicimos mal, Ernesto?

¿Qué no hicimos mal, Beltrán? Esa es la verdadera pregunta, ese es el verdadero botón que hay que presionar en nuestro diluido y bifurcado interior porque, siendo el par que no somos, pensamos menos que siendo solo uno, aun cuando pensamos entre los dos.

Desiré se volvió, por culpa nuestra, un retrato borroso de una memoria no tan borrosa. Sebastián quedó diluido, prófugo de esta memoria nuestra, porque ya casi es un hombre y no tenemos idea de quién es o cómo es o qué hace o qué pretende hacer con su vida luego.

Somos un fracaso, Ernesto.

SOY un fracaso, Beltrán. No lo olvides. Porque, aunque haya sido mi cara la que apareció en los medios, fue tu nombre el que engalanó y tituló todos aquellos logros literarios, todas aquellas ventas, todo aquel boom causado en el ambiente cultural de este tan inhóspito país de simios.

SOY un fracaso, un fracaso sin fin. Fui lo suficientemente pedante como para darle la espalda a mi mujer, aun cuando la amaba enserio. Fui lo suficientemente poco hombre como para hacerme el ciego y zafarme de mi responsabilidad como padre, porque Sebastián ya estaba con nosotros.

Pero los libros, nuestros libros, Beltrán, eran más importantes. Siempre lo fue así y ella lo sabía. Ella sabía que el asunto de ser hombre me haría obsesivo, me haría terco, me haría idiota ni bien la fama me inflamara el ego que, de por sí, ya era demasiado grande.

Pero ahora eres distinto, Ernesto.

Seguimos siendo iguales, Beltrán. ¿O es que acaso no te das cuenta? ¿De verdad no te diste cuenta? En serio me vas a decir, Moisés, que después de que hiciste lo que hiciste, después de que actuaste como actuaste ¿no te diste cuenta?

Seguimos siendo iguales, sin duda, porque sigues ignorando cuanto haces, cuando sucede, cuanto generas mientras yo cierro la boca y observo. Seguimos siendo el mismo de antes, tal con un poco menos de ese demasiado que nos constituía, Beltrán, pero seguimos el mismo de

siempre.

¿Entonces miraremos el presente con los mismos ojos o cambiaremos la señal? ¿O quizá, Ernesto, le daremos sentido a la pausa y volveremos a hacer lo que nunca debimos haber dejado de hacer?

¿Escribir?

Escribir.

¿Escribir qué?

Escribir y ya. Sentir y ya. Dejarse llevar y ya. Tal y como ha sido siempre, tal y como será para siempre. Porque eres un artista, Ernesto y yo simplemente no existo, Moisés Beltrán no existe: eres tú, siempre has sido tú.

¿Y qué tiene de divertido escribir cuando lo que yace junto a la cama no es más que un retrato vacío? ¿Qué tiene de gustoso volcarse entre verbos perdidos y colores fantasiosos si, ante el espejo, no me veo a mí siendo yo, sino a mí siendo tú?

Pero lo viste, Ernesto. Lo sentiste. El retrato de nuevo tiene foto, rostro y nombre. Rubén Marcano Suárez existe por una razón, una casualidad tal vez, y sabes que no creemos mucho en esas cosas. Aquella tristeza joven, aquel pájaro enjaulado, aquel tan inaudito prisionero es una señal, un mensaje, un algo…

Un alguien…

Un quizá…

Un hoy…

Un mañana y siempre, porque las palabras no te han abandonado, como sueles repetirme con insistencia.

Las palabras no nos abandonan nunca, Ernesto, porque NOSOTROS SOMOS LAS PALABRAS QUE CONFERIMOS AL ESCRIBIR, porque es nuestra alma, en sí misma, la que yace ahí transcrita, impresa, duplicada, multiplicada, extendida, expandida…

Un retrato tuyo…

Un retrato nuestro, Ernesto.

Nuestro, Beltrán.

Capítulo 17

CAPÍTULO 8

Casa vacía, cama vacía, espejo vacío. Vacío, solo vacío. Blanco-sobre-blanco por doquier y mi figura, cual errático fantasma, deambulando el tan inmenso y vacío paraíso diseñado por mi padre.

Casa blanca, casa de uno.

Jaula de pájaro, cueva de infelicidad.

Me lo he vuelto a preguntar, luego de caer en cuenta que me he desconectado de mí mismo, porque las preguntas suelen ser –en efecto– las respuestas más claras que suelo obtener de mí para conmigo.

Me lo he vuelto a preguntar, con una insistencia un tanto absurda, porque la voz que lo preguntó primero –la de Ernesto– sigue paseándose por los confines más inhóspitos de mi biblioteca.

–¿Te gustaría leer algo?

Sí, me gustaría. En verdad me gustaría.

Me encantaría. En verdad me encantaría.

¿Qué me detiene? ¿Qué te detiene, Rubén, si aquellas palabras son del todo ajenas? ¿Qué te suscita temor alguno, Rubén, si has sido capaz de leer, releer y memorizar tus más de trece mil títulos en busca de una respuesta clara para una pregunta no tan clara?

Ernesto… En cierta forma, Ernesto tiene la respuesta, pero solo para sí mismo… y yo necesito esa respuesta, pero para mí, para los dos, madre, porque te llevo atascada también aquí dentro, padeciendo esta Odisea

mía.

Eres, madre, el retrato perdido de una vida que no tuve. Soy, sin remedio, el retrato de un enfermizo desdén intelectual que me ha vaciado la existencia, un delirio ajeno, una excusa ajena, también… como si no me perteneciera a mí mismo –muchas gracias, padre–.

Soy una voz vacía que le habla al vacío que le rodea disfrazado de un sólido blanco-sobre-blanco, un palpable y marchito blanco-sobre-blanco, perpetuo, silente y tan ajeno de mí, tan ajeno a mí, como yo mismo.

Me he implicado en una búsqueda sin sentido. Me he sumergido entre verbos, entre versos, entre paisajes fantásticos y personajes que, en su ficción, son más humanos que yo mismo.

He buscado, sin dirección aparente, el norte de mi norte tras intentos fallidos por alejarme lo más posible de toda ciencia. Porque lo que quiero es volverme verbo escrito, volcar en entero mi tan incompleta humanidad y trasmutar mi existencia en tinta y papel.

Pero sigo exento de algo.

Sigo falto de algo que, muy a pesar del gusto, muy a pesar del placer, muy a pesar de mi maldita inteligencia, me separa de aquel anhelo que tanto busco y rebusco entre palabras ajenas, de esta y otras tantas épocas, de esta y otras tantas edades.

Dime Ernesto, desde tu longeva vida, desde tu veterana existencia: ¿tengo remedio? ¿Tendré cura ante este predicamento inaugural que, amanecer tras amanecer, le da la bienvenida al tan reiterado sentimiento de vacío que me acompaña, desde siempre, bajo el yugo de este perpetuo blanco-sobre-blanco?

En cuestiones de color, mi realidad es patética.

En cuestiones de calor, mi realidad es patética.

En cuestiones de amor, mi realidad es árida, triste… patética, sin duda… patética.

¿Qué soy?

¿Qué fui?

¿Qué queda de mí?

¿En qué parte de mis invisibles heridas debo escudriñar con los dedos desnudos para extirpar el ficticio parásito que me inflama de

lamentaciones?

¿Quién soy?

¿Quién fui?

¿Quién queda habitando este artificio que llamamos cuerpo si no logro, siquiera, reconocerme entre mis pensamientos vagos, entre mis palabras todavía certeras y la infinita capacidad cerebral que formula, sin pausa, esas genialidades que no me interesan?

A veces, desde el vacío, es necesario darle una fugaz mirada a las emociones que nos consternan en silencio, confrontar la noción de tiempo interrumpido que nos deja en medio de un suspenso sin igual y borrar la imagen borrosa con que el espejo de la mente nos ha desfigurado el rostro.

A veces, desde que las palabras son palabras, desde que el hombre es hombre, es necesario confrontar aquel retrato mental que corresponde, tal cual el blanco-sobre-blanco, a una fatalidad indefinida e indefinible, un retrato que, a veces, no es otra cosa que tu propio rostro, enajenado.

Capítulo 18

Una cuestión sobre las personas

«Al otro lado del espejo,

así sea de madrugada, siempre

habrá alguien esperándonos»

Moisés Beltrán

CAPÍTULO 1

Antes de la llegada de Ernesto, mucho antes, las visitas habían sido, tan solo, un programa pedagógico muy lejos de mi gusto. Pero debía cumplirlo sin replicar y eso fue lo que hice, eso es lo que sigo haciendo.

¿Mi labor? Instruccional. Encaminar a ciertos jóvenes promedio por las rutas que difieren de la realidad promedio, llevarlos de la mano por la senda de aquella ciencia que, tan obstinadamente, sus pretenciosos padres les obligan a transitar.

Tenía tan solo doce años cuando el hombrecito del bigote (mi padre) me empujó a encarar a otros jóvenes de mi edad y algunos un poco mayores. Experiencia que me ha enseñado ciertos aspectos de mi todavía desconocida generación, ciertos aspectos de mi propia naturaleza, ciertos aspectos propios de la juventud.

Como mi memoria nunca falla, con solo constatar la fecha en el calendario sé que hoy se cumplen ya cinco años de eso, cinco años de esclavitud

intelectual.

Lo que viví fue una adolescencia diferente.

Lo que experimenté fue, también, una adolescencia diferente, muy pero muy alejada de aquella realidad tan común, tan corriente, que se movía al otro lado de las paredes de aquella casa.

Porque todavía no existía esta jaula, todavía no. En aquel entonces era una caja en la que se me resguardaba. Una diminuta caja de la que apenas y tengo buenos recuerdos, por ejemplo, mi primer beso.

Se me ha negado, rotundamente, la experimentación social porque, según cree el hombrecito del bigote, mi mente no puede ser contaminada por la poca cosa. Y lo dice de una manera tan repugnante olvidando que él, sobre todo él, es demasiado poca cosa.

En efecto, siendo tan poca cosa, no comprendo ni conozco todavía la verdadera de mi existencia. ¿Cómo pudo mi madre engendrarle un hijo a semejante criatura, a semejante e inhumano ser? No lo sabré jamás.

De algún modo, no sé cómo, impulsó mi nombre y resaltó mi existencia ante aquel estrecho mundo de pensadores, de genios, de maravillas humanas. Pero no quería estar ahí: tan solo quería ir al otro lado de la calzada y ser tan normal como aquellos otros niños, jóvenes y adultos.

No logré nada.

No he logrado nada.

Mi nombre comenzó a aparecer en tantas noticias, en tantos certificados, en tantas medallas y trofeos que todavía hoy me pregunto: ¿por qué? ¿Para qué? No interesa.

Comencé a comprender mi propio dilema cuando, en una de las muchas tutorías que había empezado a dictar, una pecosa pelirroja me preguntó sobre mí, sobre mi vida y sobre lo que esperaba hacer con ella a futuro.

Por primera vez me quedé sin respuestas.

Catalina Esther Monterroso, con sus ojitos color café, acortó distancias entre los dos y se valió de aquella personalidad suya, siempre arrebatadora, y me robó un beso –mi primer beso– mientras asimilaba las preguntas que me acababa de hacer.

Tenía trece años, ella quince. Esa había sido su bien planificada despedida pues, después de esa clase, la última, ella y su familia volarían al

extranjero huyendo de una persecución política. No volví a saber de ella.

Cuando cumplí catorce años, abandonamos la caja para habitar esta fría jaula. Entonces las tutorías se volvieron algo más grande, pero no aguanté demasiado antes de darle marcha atrás al asunto. El hombrecito del bigote se disgustó por mi "capricho", pero no tuvo otra opción que hacerme caso.

Fue cuando mi segundo primer beso ocurrió tan inesperadamente como el primero, pero todavía más sorprendente.

Camilo Alejandro Arteaga, hijo de un respetado político de la región, se había vuelto un invitado bastante regular.

Su presencia no tenía nada que ver con mi padre y su padre tampoco estaba relacionado con ello: había sido una decisión del propio Camilo.

Tenía poca capacidad –por no decir ninguna– para desenvolverse o aprender nada de lo que le enseñaba casi a diario. Era frustrante, pero su compañía era un consuelo al final del día.

De las veces que se había quedado a pasar la noche, no recuerdo todavía la primera en la que Camilo hubiese dormido en la habitación que los criados le preparaban. Él prefería entrar a hurtadillas a mi habitación y hacerme compañía bajo las sábanas.

Recuerdo que, de un día para otro, él simplemente se desvaneció en el aire.

No volví a saber suyo hasta un par de meses después que se apareció a muy altas horas de la noche con la ropa desgarrada, la cara sucia, y los pies descalzos.

Por primera vez lo vi llorar.

Por primera vez en su rostro se dibujaba algo muy distinto a su tan acostumbrada y animosa manera de ser. Aquel ya no era el Camilo que había conocido.

Los criados no pudieron hacer nada para ayudarlo. Solo yo podía darle sentido a su limitado código de señales, porque ya ni hablaba. Su temerosa actitud y su pésimo estado despertaron en mí algo que ignoraba que podía sentir, algo que no sabía que llegaría siquiera a experimentar.

Si mi padre lo hubiese visto, lo habría mandado a la calle como a un perro sarnoso sin siquiera importarle de quién se trataba.

Si mi padre se hubiese enterado de mi acción, su inhumana existencia me hubiese marcado el alma –una vez más– con su tan natural manera de pisotearme.

Los criados prometieron guardar silencio.

Yo prometí pagarles más.

Camilo prometió largarse por la mañana, cosa que no pude evitar.

Las luces de la casa volvieron a apagarse y yo volví a mi cama demasiado agitado. No podía dormir y Camilo no aparecía. Entonces me levanté y corrí hasta la habitación contigua, abrí la puerta y terminé habitando el lugar que Camilo solía ocupar en mi cama.

Lloraba.

Por alguna razón, terminé llorando con él.

Cuando el silencio volvió a nosotros, con la voz un poco más calmada y tomándome de la mano Camilo me dijo "gracias" como nunca lo había escuchado de nadie.

Entonces sentí un beso en la mejilla y su mano apretó la mía con más fuerza.

Volví mi rostro hacia él para confrontar el claro verde de sus ojos, semiocultos en la oscuridad, y terminé con sus labios sobre los míos, tal cual Catalina lo había hecho antes que él el año anterior.

Mi segundo primer beso, porque nunca había besado a un muchacho.

Mi segundo primer beso, un tanto inesperado, un tanto accidental, un tanto sorpresivo y bastante peculiar.

Otro asunto diagonal…

Capítulo 19

CAPÍTULO 2

Los relojes avanzan, caminan, deambula a lo largo de veredas ficticias –porque tan solo objetos inmóviles, sin vida–, veredas que deambulamos en paralelo, como pasar de largo ante vitrinas de cristal invisible.

¿Qué son los recuerdos entonces? Son, según Beltrán, una sucesión continua de imágenes antepuestas, en recapitulación, plasmadas en el borde más superficial de aquella vitrina de cristal que nos separa de las leyes de un tiempo imperecedero.

¿De qué se trata, entonces, la vida que vivimos? Es una pregunta un tanto incierta, no solo desde su propia fuente, desde su propio enigma, sino también desde su indescifrable respuesta: no la tengo.

No la tenemos.

No poseemos los medios para responder, argumentar, imaginar ni fantasear una respuesta medianamente probable. Todo lo que nos queda después de ello no es más un concepto vacío sobre lo que es la vida, sobre cómo vemos la vida, sobre lo que sabemos de la vida.

La vida, nuestra vida, consta de una serie inesperada de experiencias entrecruzadas. Experiencias que van y vienen, según dictamine nuestra buena o mala suerte, y que florecerán o marchitarán según dictaminen nuestras buenas o malas decisiones.

Somos la máxima representación de la oportunidad.

Somos la máxima representación de una duda plausible.

Somos, más allá de los adornos, más allá de la belleza o el sufrimiento, personas, simples personas.

¿Qué dirección podría tomar el velero que intenta ir contra el viento? Y es que el espíritu del hombre parte de una noción similar a la de esta pregunta: ir a contracorriente, dibujar senderos donde no los hay, abrirse paso entre mil y un dificultades y, con ello, superar la condición de su naturaleza mortal.

El hombre, siendo hombre, creó a dios.

El hombre, siendo hombre, busca ser más que dios.

El hombre, siendo hombre, se nutre de una belleza tan efímera como lo es su propia existencia y enaltece aquello que considera digno de tal cosa, enaltece aquello de lo que se siente indigno desde su propia e insignificante razón de existencia.

Así somos todos los hombres, así somos todas las personas.

Y deambulamos, todavía ciegos, por las veredas paralelas de un tiempo que podríamos recuperar por buena voluntad. Tiempo que podría valer todavía menos de lo que vale, aun cuando el costo de la vida sigue siendo solo eso: tiempo, tiempo y más tiempo.

Y las personas que van delante de nosotros no se dan la vuelta. Y los que vienen atrás comienzan a andar con más y más prisa, sin importarle en lo más mínimo aquellos que estamos todavía en medio, viviendo nuestro momento.

Quieren ahorrarse el tiempo en imposibles.

Quieren saltarse el tiempo: es imposible.

El tiempo es, apenas, una experiencia liviana que reposa, cristalina, en el aire, ante nuestros ojos, al ras de nuestros dedos, en la punta de la lengua, tras cada respiro, tras cada hermoso impulso sonoro… la vida misma.

Es cuando aprendes a detenerte de vez en cuando.

Es cuando logras despertar de aquel letargo trasversal, ese que te mantiene despierto en la piel, pero dormido en el alma.

Es cuando alcanzas a mirar a un lado, al otro, hacia arriba y hacia abajo, y te das cuenta que el transcurso lo has estado haciendo a solas por

ceguera y que a tu lado hay otros, como tú, perdidos, desorientados.

En ese instante, en ese momento, en ese despertar es cuando la vida se torna tal cosa y el reloj deja de ser importante. La experiencia se apodera de tus cuerdas, porque las has cortado de raíz.

Las miradas se encuentran acompañadas. Las manos sonríen como sonreímos con la boca. El cuerpo se regocija y entrega un abrazo, luego otro y otro más, así en cadena, llevando la experiencia al punto del entrecruzamiento.

Ya no somos uno y otro, por separado.

Ya no estamos, uno y otro, a solas en la inmensidad.

"No, ya no más

Y por ello la vida nos sonríe

Y sin ello nadaríamos todavía

de espaldas a la luz

entre abismos concluyentes

y lapidarios amaneceres de gris dormido"

Fue así como, a mitad de camino, me topé con Desiré cuando recién empezaba a conjurarse en mí el alma de Beltrán.

Fue así, precisamente, como ella, en su propia desventura, encaminó sus pasos en mi dirección mientras yo le extendía la mano para alcanzarla.

¿Conocí a otras? Sí, a muchas otras, pero ninguna ocuparía el puesto que Desiré dejó en blanco cuando se fue, cuando me dejó, cuando la forcé a largarse y desaparecer para siempre.

Porque el amor también tiene un poco de eso: también está hecho a base de experiencias entrecruzadas, de sentimientos rebuscados, de palabras condecoradas, de gestos y miradas que van y vienen entre el vacío y el paraíso, de caricias palpables sobre la piel y otras, muy distintas, que rozan el alma.

Entrecruzadas. Somos solo un grupo de almas entrecruzadas que buscan consuelo a lo largo de una existencia que pareciera carecer de significado alguno, de respuesta alguna, de sentido palpable… de tiempo.

Capítulo 20

CAPÍTULO 3

'Hacer un acto en retrospectiva es como vislumbrarte a ti mismo desde el futuro, ser la audiencia en vivo de tu propio proceso de aprendizaje, de tus tropiezos y calamidades.

Recordar es como reproducir una cinta en un aparato que carece de pausas. Entonces los recuerdos van y vienen, siempre en retazos, porque es cuando devolvemos la mirada hacia la pantalla y nos topamos con dicho momento.'

Esas palabras las dijo una vez un tal Moisés Beltrán, escritor que conocí por accidente la primera vez que posé la vista sobre algo que no tenía nada que ver con ciencias.

Mi madre todavía vivía.

Mi madre todavía lucía, sobre la piel, los trascendentales colores de una maternidad que no logró ejercer como deseaba, una maternidad que quedó en suspenso y con todo aquel amor suyo arrojado a la basura.

Yo tenía siete años.

Tenía un futuro prominente ante mis ojos y no lo sabía. Yo no tenía ni idea de mí. No tenía ni idea de lo que sería mi vida, de lo que representarían mis cualidades. Pero mi padre, el hombrecito del bigote, vaya que lo tenía bastante en claro.

Yo tenía siete años, tan solo eso.

En una mano llevaba, siempre, algún pesado volumen de física, matemática, química y cualquier otra ciencia que se te ocurra… en la otra

llevaba, apenas, un vestigio desestimado y prontamente olvidado otorgado por mi madre.

Tenía siete años. A los siete años perdí a mi madre. A los siete años me convertí en la maquinita tragamonedas que enriquecería al infeliz hombre que me dio nombre, el mismo que mandó a construir este palacio de nadie y me enjaularía en pos de su riqueza.

Diez años han pasado ya desde que se me relegó de los privilegios de la normalidad, desde que se me encasilló en un peldaño donde solo habitan nombres fallecidos y otras figuras sin retorno.

Soy, tan solo, un espectro en vías de extinción. Un fantasma del futuro que yace, todavía, preso de la carne que lo hace ser humano, hombre de raza.

¿Qué ha sido de mí, entonces, desde el momento de la despedida, madre? Porque no nos despedimos: el del bigote y sus tan costosos abogados no nos dieron esa oportunidad.

No hubo piedad para la mujer.

No hubo piedad para el niño.

No hubo oportunidad para la madre.

No hubo oportunidad para el hijo prontamente esclavizado.

¿Qué nos ha quedado entonces, madre, entre tu olvido y el mío si el mundo gira allá afuera y yo desfallezco estático aquí adentro?

Porque el contacto solo ha sido un acto en diagonal en base a experiencias también diagonales. Y la vida solo ha sido un transcurrir de soles y lunas más allá de la ventana, de premios y condecoraciones vacías junto a un muy lucrativo desdén de fantoche protagonizado por el bastardo desvergonzado de mi padre.

Porque el único tacto que conozco de una mujer ha quedado relegado a aquel beso que me dio Catalina a mis doce años.

Porque la única mariconada que me reconozco permanece, todavía, anidada en aquella habitación que solo y únicamente ha habitado Camilo y nadie más después de él.

La sociedad, ante mis ojos, es tan solo una escueta figurilla de cera que no tiene rostro o cabello, que no tiene voz o palabras propias, solo una cinta pregrabada que suena de fondo, que dice lo mismo de un lado y

otro.

La gente, en mis adentros, es un mito. Un recurso delimitado por ambiciones e idealismos para nada claros, todos falsos, baratos, aparentes.

¿Y el conocimiento? Una maldición.

Un enigma sin enigmas.

Un aberrante eco de silencios impertinentes donde la información vacila y baila y converge y se bifurca y se consolida en un algo aparentemente tangible, pero que al final no me importa porque no es conmigo… pero que importa porque es un descubrimiento.

Y es en mi inteligencia donde nace la caja que se convertiría luego en jaula y que me apresaría durante el tiempo que me ha traído directamente hasta esto que llamamos hoy, y que seguirá siendo así durante el mañana que no ha surgido todavía y durante el mañana que vendrá después de ese y después de ese también.

Porque podré saber mucho de muchas cosas, pero aun así siento que no sé absolutamente nada de ninguna clase. Porque, a pesar del conocimiento, a pesar de tener la cabeza repleta, mi alma y corazón permanecen vacíos.

A pesar de todo, aún hay cosas que no logro comprender. A pesar de todo, lo único que me ha quedado entre manos ha sido una serie de éxitos en vertical, éxitos que me alejaron más y más de aquella diminuta probabilidad, a medias calculada, porque me había topado con el supuesto de un fracaso.

Y el fracaso nunca ha tocado a mi puerta en cuestiones intelectuales. El fracaso no ha desprendido sus intereses más allá de aquella partícula que me hace ser quien soy, aun cuando no soy del todo eso tampoco: un simple humano.

Experiencias diagonales han alimentado mi ir y venir por este mundo desconocido, repleto de gentes también desconocidas, impregnado de necesidades desconocidas y vivencias, por mí, todavía desconocidas.

Mi mundo es una casa blanca, una casa grande, una biblioteca sin igual y trece mil títulos literarios que reposan, en cuerpo y alma, igual que yo, tras estas paredes de blanco-sobre-blanco.

Aquí es cuando la suerte hace una jugada extraña. Aquí es cuando el hombrecito del bigote cumple con su acción habitual pero con un resultado opuesto, completamente opuesto a lo habitual… un resultado

tan… Ernesto…

Capítulo 21

CAPÍTULO 4

La vacilación del reflejo es el martirio del hombre que yace al margen de la realidad, es el pesar del hombre que deambula por la vida en estado de total indiferencia. Es como si vagara entre dormido y despierto por las lindes de un tiempo que no le importa vivir.

¿Qué hay de los otros?

¿Qué queda de los otros?

¿Qué sucede con los otros?

NADA.

Son tan solo espasmos cíclicos que surgen a lo largo de arcos incongruentes de cordura en medio de aquel tan insensato modo de sobrellevar la mortalidad.

No representan demasiado, así como nada representará, nunca, un demasiado concreto o un suficiente asequible: tiempo perdido.

Ese es el problema que surge cuando se es más personaje que persona, sobre todo cuando tu nombre no es tu nombre y el resto del mundo te conoce más por aquel otro ser, en paralelo, que por tu identidad verdadera.

Ese es el problema que recae sobre nuestros hombros al final de nuestras historias cuando apenas las empezamos a vivir. Y es un asunto que siempre tendrá nombre y apellido, que vestirá falda o pantalón, que

llevará o no los labios pintados, que lucirá o no un escote provocador.

Así surgen los fracasos.

Así se reproducen los fracasos.

Así se identifican los eternos fracasos.

¿Y qué queda luego? Aparte del vacío y la desesperación: ¿qué le queda al hombre y a la mujer después de eso? Aparte del trauma y la eterna angustia: ¿qué les queda a los hijos?

NADA.

No nos ha quedado nada, solo palabras vacías y recuerdos tristes de una vida abatida, de un anhelo jamás alcanzado y cicatrices indelebles tatuadas más allá de la piel.

No nos ha quedado nada en lo absoluto, solo la terrible necesidad de reiniciarlo todo, de volver a revivir el momento, el instante, el hecho, el día propicio en que todo se fue a la mierda y ejecutar el plan b en vez de rendirnos ante la desesperación.

"Y las voces se apagan como

se apagan las ciudades a lo lejos

Y las vidas se apagan como

se apagan las velas ante el viento

Y el sol amanece en la ventana

mientras lloramos el lapidado ayer"

Desiré. Su recuerdo íntegro quedó relegado a un pensamiento inhóspito y crepitante. Su voz se volvió un eco lejano, falsamente equidistante. No hay marcas sobre la superficie, así como tampoco hay huellas a medio borrar sobre la arena desnuda.

Desiré. Su nombre es lamento sobre mi lengua. Lamento salino, cual lágrimas de llanto madrugador, se posa entre mis palabras cuando siquiera la nombro, cuando la hago compadecer contra la figura desgastada que represento tan lejos del ayer.

Su compleja manera de engullirme desde los tiempos muertos me deja a la deriva de una verdad más o menos discreta, de una verdad más o

menos llevadera cuando se raya, casi por gusto, con la obsesión.

Y la complejidad queda separada de la verdad propia de su verdad, porque la verdad transgresora que me da nombre tiene, en sí misma también, una verdad un tanto propia, un tanto distinta, un tanto menos diligente.

Pero nada ni nadie cumple a cabalidad ni tan diligentemente con su misión clandestina, así como lo hemos estado haciendo el Beltrán y yo por tantos años.

Y de nuevo inmiscuyo a Beltrán en los asuntos de las personas que sienten porque él puede sentir, al igual que yo, el vacío retraído que constipa nuestra desestimación: Desiré se volvió pregunta y respuesta, Sebastián se volvió deber y poder, Anita se volvió equidad y profundidad.

Es entonces cuando la duplicidad fantasiosa de este obstinado escrito retirado insiste en otorgarse licencias sin valor, recobrar la pluma que ha abandonado en aquel tan repleto estudio para, entonces, sacudir el polvo que puebla el espacio, habitar el sofá confidente de cuero negro, apilar un pequeño grupo de páginas en blanco y desdibujarse unas cuantas líneas a modo de triste experimentación, a modo de falsa y lánguida resurrección.

Un hechizo momentáneo, tal solo eso.

Un desdén límpido nacido del fracaso, quizá, o un nuevo intento por zurcirle vocablos a aquella vida ya perdida que, con intenso y angustioso afán, Moisés ha intentado volver a sembrar en mi baldía cabeza, en mi marchito corazón.

Hay que dejarlo en claro cada tanto.

Hay que dejarlo al ras ni bien se pueda.

Hay que dejarlo florecer ni bien el mal ha ido evaporándose en tus narices a la vez que sopesas un peso propio, un peso de ficticia muerte, solapando las intenciones suplicantes de aquello que has sido y puede volver a ser: esperanza.

He ahí otra predilección del alma humana. Porque cada huella tinta tiende a bifurcarse de maneras que solo el hombre es capaz de interpretar a manera de destino.

Y la predestinación deja de ser una ilusión cuando tú mismo eres capaz de lanzar los dados que te condenarán a futuro.

De ahí en adelante quedará en vela de juicio todo cuanto surja de una acción, de un suceso, de un hecho, de una respuesta: todo es parte de

una cuestión sobre las personas que son capaces –o no– de desligarse de su martirio, de sus cadenas.

'La vacilación del reflejo es el martirio del hombre que yace al margen de la realidad, es el pesar del hombre que deambula por la vida en estado de total indiferencia', ciertamente. Pero a veces –solo a veces– la indiferencia es tan solo un resultado un tanto ajeno, un resultado un tanto Beltránico.

Capítulo 22

Una colección de preguntas sin respuestas

«Buscar o no buscar nos llevará

siempre al acto de reencontrarnos»

Moisés Beltrán

CAPÍTULO 1

Miraremos, una vez más, a través de la traslúcida ventana y calcularemos el siguiente paso y el siguiente a ese para, así, mantener bajo las cuerdas las posibilidades inherentes de nuestra propia calamidad.

"En su sombra desfallecen

las palabras de un falso vestigio

Y los lamentos de la luna

nos musitan ecos vocálicos

entre densa y triste melancolía

entre tensa y dulce perdición"

Las palabras de Moisés Beltrán hacen hincapié, de vez en cuando, cuando recuerdo recordarle mientras Ernesto yace ausente de estos muros. Y mi voz fluye desde el centro mismo de mi biblioteca mientras busco alcanzar lo inalcanzable, mientras hago un último intento, inútil, por inundar el recinto.

No consigo nada.

No concibo nada.

No acciono sensación alguna a las afueras de mi propio ser, a los márgenes de mi propio yo, como si algo, como si alguien, muy en lo profundo de mí mismo, evitase cualquier levante, cualquier declive,

cualquier exhalación posible, cualquier liberación probable.

Las palabras que me abandonan apenas y surgen impregnadas de dióxido de carbono.

Solo eso.

Apenas eso.

Nada más que eso.

¿Hace cuánto ya que no evoco tu presencia, madre, desde que perdí la inocencia de niño?

¿Hace cuánto ya, madre, que no evoco mi propio dolor, mi propia fractura, a manera de exorcismo, a manera de liberación?

Se me han otorgado dones impersonales, dones que no quiero. La profunda y compleja capacidad que me ha sido sembrada no representa más que una maldición, una esencia vacía que consolida, en todas direcciones, razones suficientes para mantenerme por siempre tras estas paredes.

Debería ya romper el silencio.

Debería ya acortar la distancia.

Debería correr escaleras abajo, tomar el teléfono entre manos, marcar a casa de Ernesto e invitarle a pasar el día entre autores, entre versos, entre páginas y páginas de la tan larga historia literaria que poseo.

Debería…

Debería…

Debería…

La incapacidad me embriaga una vez más y entonces vuelvo a caer presa de un llanto indescriptible, un llanto que no comprendo.

¿Qué busco en Ernesto?

¿Qué quiero de él aparte de su voz?

La inundación. Quiero la inundación. Quiero mis sentidos ahogados bajo el agua que él y solo él sabe conjurar cuando lee, cuando recita, cuando les

da vida nueva a aquellas palabras transcritas sobre el papel.

Cuando su voz emerge desde lo profundo de su esencia, lo que trae consigo es una tormenta, una marejada incontrolable, un tsunami de pasiones controvertidas que galopan por el dorso de su lengua hasta materializarse en mis adentros cuando lo escucho.

Hasta allá quiero llegar.

Esa es la sima que pretendo dominar.

Esa serie de complejidades son las que quiero aprender a hacer fluir de mí, aunque no haya sido yo quien las haya escrito, tal cual lo hace Ernesto con aquella tan incomparable y sutil sencillez suya.

Es una búsqueda imperceptible, casi.

Es una búsqueda que tan solo representa una serie de pretensiones ajenas a aquella manera de ser que me da nombre, a aquel calculado pensar que me da rostro y a aquel inarticulado corazón que se ha visto irremediablemente castrado.

Capítulo 23

CAPÍTULO 2

Han transcurrido los días con una lentitud indescriptible. Hace casi dos meses ya que el joven Rubén se ha resguardado tras un completo y extraño silencio. No he vuelto, entonces, a poner un pie dentro de la casa grande, esa que habita casi a solas.

Beltrán se ha estado desviviendo tras un manto de líneas que parecen empezar bien, pero, tras un par de palabras, todo se va directo al garete.

Ya se lo había dicho de antemano: no funciona, no funcionamos.

La belleza nos ha estado dejando a la deriva y las palabras nos han abandonado casi del todo. Las que nos quedan solo sirven para comunicarse muy por lo sencillo, muy por lo simple, muy por lo mundano.

Nos funcionan en el mercado para pedir queso y cebollas, pan y jugo, carne y especias. Nada más, nada menos. Pero Beltrán no está del todo a favor de mis resoluciones y, para no perder la costumbre, se compra un cuaderno o dos cada tanto.

Quiere escribir.

Pretende escribir.

Intenta escribir a la luz de una verdad que le ha reclamado sus atenciones en vano, porque no pretende rendirse ante algo que, según él, no es del todo verdad, no es del todo cierto.

No se ha rendido todavía, aunque no ha logrado escribir nada durante este último par de meses. No ha logrado escribir ni una línea decente

desde que Rubén se encerró a sí mismo tras los muros de aquel palacete de blanco marfil.

Me he visto deambulando las calles cercanas embriagado por una curiosidad un tanto ajena, esa que solo Beltrán sabe inyectarme en bajas –aunque repetidas– dosis. Pero la imagen es siempre la misma.

El blanco de afuera, límpido siempre, destella a lo lejos bajo la luz del sol de noviembre. El invierno se aproxima y el ligero roce gélido de la temporada bailotea de a poco con el soplar de un viento liviano y juguetón.

Se me viene, entonces, el recuerdo de Sebastián, el sonido de su todavía pícara pero risueña risa, el brillo de sus infantiles ojos cuyo color comparte con Rubén. Porque veo a Sebastián en Rubén, así como pienso en Rubén cuando me visita Sebastián.

Según Beltrán, es la fragilidad de padre la que me ha estado atizando las entrañas. Que a nuestra edad la herida no tendrá ya cicatriz porque no dejará de sangrar hasta después de hallarnos enterrados.

Que las circunstancias que nos han acercado al joven Rubén, más que un asunto ligado a la suerte o al karma, se trata de un falso consuelo que nos ha dislocado la razón del corazón: Rubén es Rubén y no Sebastián.

Y no puedo contradecirlo.

No debo contradecirlo: tiene razón.

Desde que las palabras se le traban, Beltrán se ha convertido en una voz más calmada, en una entidad un poco silenciosa, ensimismada en aquel afán que le obliga a poseerme durante la hora del crepúsculo y ejercer su actividad armado con lápiz y papel.

La hora del sueño siempre llega pronto y mis ojos se cierran tras verlo fracasar en repetidos intentos por doblegar las palabras que, en otros tiempos, suponían un placer temeroso para el alma y, ahora, lo único que nos queda por temer es el olvido, y aun así…

Claro está, este no es más que un pensamiento Beltránico, un pensamiento nacido de su propia manera de experimentar la vida, las letras, el placer y el dolor.

Nos parecemos, hasta cierto punto.

Nos parecemos, aunque no lo suficiente, muy a pesar de que ambos, los

dos, seamos simple y llanamente uno mismo: yo mismo.

Y hay veces que somos tres, porque Sebastián reaparece y el padre que debí haber sido en aquellos otros tiempos intenta retomar su puesto, olvidado por la vida, mientras Beltrán y yo debatimos por la gorra de capitán en el puesto de mando.

Y aquello ocurre tras la línea del sueño, tras el reverberar de las voces que deambulan por la calle mientras, cada tanto, me paseo por los lindes de la casa grande y la imagino con las puertas abiertas de par en par y la todavía joven imagen de Rubén escapando de la fría prisión que, creo, llama hogar.

Capítulo 24

CAPÍTULO 3

Un fantasma ha empezado a merodear a lo largo de mis noches. Un fantasma ha decidido lucir mi rostro como si fuese el suyo, encerrarse en la biblioteca a altas horas de la madrugada, trasladar un conjunto de palabras hacia hojas sueltas y luego abandonarme a la buena del olvido, a mitad del pasillo, ante la puerta de mi habitación.

El algoritmo metódico de mi buen dormir ha empezado a generar una falla de la cual no he podido deslindarme, falla que no he podido persuadir, corregir, disipar.

¿Cómo corregir un error nocivo basado, en un principio, en el código matriz del nombre que te da nombre? ¿Cómo disipar la incongruencia que surge, que brota, que se dispara como bala de cañón desde lo más profundo de tu tan minúscula humanidad? ¿Cómo persuadir una voz sin garganta que pretende gritar, noche tras noche, desde una oscuridad que no es, del todo, verdadera?

Ernesto me habló de esto. Hizo mención a dicho estadio, a dicha experiencia y yo intenté darle una respuesta lógica, racional, congruente con los estudios realizados por la psicología y la psiquiatría… pero me tragué mi discurso porque Moisés Beltrán estaba entre nosotros.

Sus líneas volvían a inundar la biblioteca mientras Ernesto se convertía en el vehículo perfecto para darle vida a las sensaciones sembradas –con tinta y papel– por aquel hombre que jamás llegué a conocer.

Sus líneas volvían a suscitarle océanos enteros a mis emociones. Marejadas me arrastraban a lo profundo de lo profundo, hacia tinieblas subacuáticas, para luego iluminarlo todo con destellos increíbles, todos nacidos de la voz de Ernesto, todos sostenidos por las palabras de Moisés.

Entonces yo me recosté sobre mis ahogados libros. Me dejé inducir hacia un estado de latencia somnífera mientras sentía sobre la piel el roce de pequeños visitantes que se escurrían entre las aguas.

Me sentí parte de aquel cuerpo marino.

Me sentí desligado, por completo, de mi tan frágil y desahuciada humanidad.

Me sentí conforme con la brevedad del momento en que se cumplía, casi por completo, el deseo que ha hecho de mí un acumulador de libros, un acumulador de vidas ajenas y sentimientos prestados.

Trece mil. Siguen siendo trece mil los libros que reposan sobre las estanterías que permanecen conmigo, siempre silentes, en confinamiento solitario.

Siguen siendo trece mil los intentos que llevé a cabo para encontrarme, socorrerme, entenderme, contemplarme y completarme… y trece mil fueron los fracasos alcanzados.

¿Quizá a eso se deba el tan repentino afán de aquel fantasma que ha optado por visitarme cada noche?

¿Quizá a eso se deba, también, la intención que tiene el mismo de usarme como vía, como arma, como herramienta y, con ello, trasladar eso lo que lo martiriza, que lo aturde, que lo agobia, hacia el lenguaje de los vivos?

–La respuesta estará, siempre, en el papel, muchacho –me había dicho Ernesto y empiezo a creer que tiene razón.

Empiezo a creer que la vida que me ha presentado Ernesto, por medio de los mismos libros que ya he leído y memorizado, ha empezado a hacer de las suyas en mi interior sin siquiera haberme dado cuenta, hasta ahora.

¿El fantasma es acaso parte del asunto?

¿El fantasma es parte de la solución?

¿El fantasma será –por pura osadía de un destino caprichoso– una partícula en concreto independiente de mi propio ser que piensa y siente sin mí?

Podríamos, quizá, hablar de un estadio nuevo. Podríamos, quizá, entablar la posibilidad de un inefable deseo que busca instaurar un principio de

excepción –tal vez–.

Capítulo 25

CAPÍTULO 4

El café de la mañana empieza a desplazar sus horas hacia un horario más tardío. A veces ni siquiera cumple tal premisa y espero hasta la noche con cierto grado de conmoción, con cierta escala de drama.

El café de la mañana ha empezado a darse licencias sin precedente y yo he empezado a no extrañarlo demasiado cuando café se vuelve sinónimo de angustia, sinónimo de despojo.

¿Angustia de dónde? ¿Angustia por qué? Más allá de lo conocido, de la siempre abierta herida que me lastima sin sangrar, del dulce nombre de mi hijo desaparecido: ¿qué otra cosa podría causarle a este ya vapuleado ser un nuevo peso angustioso, un nuevo sentir de desgarro muy en los adentros, en la carne, en el alma?

¿Qué otra serie de sucesos se han gestado, Beltrán, a nuestro alrededor para hacerte lo que te han hecho, para que de nuevo te despojen –me despojen– del infinito sentir que trae consigo la palabra transcrita, la palabra dicha con un verbo antepuesto, contrapuesto, indispuesto y predispuesto?

Se ha levantado un telón ante nosotros. Se han encendido las luces y se ha preparado un escenario en medio del vacío. Se nos ha invitado –a empujones– a subir las pequeñas escaleras, a dibujar nuestras pisadas hacia una dirección fija, en línea recta, y posar ante una audiencia desaparecida.

El nuevo teatro, a nuestra edad, luce tan vacío, luce familiar. Es una escena nueva siendo ya la misma antes vivida, pero diferente de cara,

diferente de fondo, diferente de forma.

Diferente.

Muy diferente.

Malditamente diferente.

Blanco. Todo luce un límpido blanco marfil. Todo viste de un blanco tan vacío como el propio vacío que en mis entrañas burbujea de vez en cuando. Tan parecido el asunto siendo, del todo, otra cosa, pero siendo también la misma –de alguna manera inexplicable–.

Esa la sensación que trasviste la realidad, entre el eco de nuestras pisadas, mientras permanecemos en silencio durante el varias veces repetido proceso de desdoble.

Porque es como una especie de acto ritual el que se instauró con nuestras visitas hacia la casa blanca, la casa grande, donde mi boca permanecía cerrada, las palabras de Beltrán permanecían en mudo y el joven Rubén nos conducía, escaleras arriba, hasta las puertas de aquel silencioso paraíso personal.

No era hasta entonces que nacían de nosotros –de Beltrán, de Rubén, de mí– las siempre impetuosas e inverosímiles cuestiones de existir al ras de toda realidad plausible.

Llevábamos a cabo incursiones a ciegas, deambulamos a lo largo y ancho de épocas y épocas olvidadas por los hombres, nos perdemos entre vidas subestimadas, entre hablantes fallecidos, entre sentimientos carentes de explicaciones.

Nos fundimos con las aguas que solo el alma humana, desde el padecimiento, desde la controlada desesperación, desde la más dócil de todas sus indecisiones, es capaz de hacer surgir rompiendo cuanta ley expuesta por ciencia alguna.

Dejarle el camino abierto a Beltrán, permitirle situarse sobre mi lengua mientras, página a página, revivimos las siempre trágicas glorias de aquellos tantos fantasmas que fueron capaces de escuchar a sus propios fantasmas, que fueron lo suficientemente valientes para transcribir sus voces y fundirlas con las suyas propias en el proceso.

Verlo a él, a Rubén, cerrar los ojos y recostarse sobre aquel montón de libros que habitan, a su lado, la enorme mesa de madera de caoba. Verlo respirar como pez en el agua mientras las aguas lo abrazan, lo acarician, con la misma dulzura con la que su alma –sin notarlo demasiado– la ha

aceptado como acompañante.

Y su larga cabellera retoza como retozan los pequeños peces que le hacen compañía mientras, en su rostro, se dibuja una calma que aparenta la dulce presencia del sueño. Pero está despierto. Está intensamente despierto y me escucha –escucha a Beltrán–.

Ahí queda suspendida aquella vaga idea que nos recalca la verdad zafada tras una redención inconclusa. Porque aquello es tan solo un recuerdo, uno que, aunque se convierte en acto presente, aunque me sume bajo el mismo mar del momento, no deja de ser tan solo eso: un recuerdo.

Y con el recuerdo se vienen ciertos síntomas. Y con los síntomas retomamos el café. Y con el café trasmutamos el concepto para, entonces, volcarnos por milésima vez sobre una colección de preguntas sin respuestas que nos condecoran, como a cualquier hombre, con la medalla de oro al fracaso más grande de la vida.

Capítulo 26

Un último y muy desesperado intento

«Turbio será siempre el tiempo

dulce será siempre la mirada

pero no olvides nunca su intención»

Moisés Beltrán

CAPÍTULO 1

La distancia que he dibujado desde nuestra última charla ha tomado hoy forma, se ha respaldado tras un cuerpo nuevo y me ha hecho sentir irremediablemente avergonzado.

Una pared. Se ha solidificado una pared invisible que ha dejado a Ernesto fuera de estos otros muros –la verdadera cárcel– a la vez que he logrado mantener también fuera la existencia de mi padre y de todo su circo mediático.

Dos meses. Dos largos meses se han cumplido desde mi intento de fuga, aunque no haya ido a ninguna parte. Ahora permanezco inaccesible ante los ojos de todos. Mi torre de marfil permanece cerrada y yo insisto en poblar la habitación más alta, la más alejada.

Me he autoimpuesto cumplir el rol de la doncella en apuros, aun cuando no soy doncella, aun cuando no estoy en apuros. Aunque esto último es,

en realidad, una aberrante mentira.

¿Quién ha llegado a pensar que, en algún momento de sus vidas, el hombre –siendo hombre– ha debido ser rescatado por una doncella? ¿Quién ha llegado a sacar la conclusión de que la doncella tiene tanto de caballero andante, así como el caballero andante tiene tanto de doncella?

Porque mi madre, aunque sucumbió como doncella ante la realidad de su pronóstico, se armó de la valentía que a muchos hombres les hace falta domar, confrontó un destino que le había escupido la verdad y, con el espíritu en llamas, se abrió paso entre la podredumbre que la esperaba al otro lado del olvido.

Porque mi madre era una doncella en armadura de oro. Era la figura en la que me inspiraba para darle sentido a mi –para nada– angosto vacío y sobreponerme a ello muy a pesar de las circunstancias.

Hoy simplemente me dejé devorar.

Hoy simplemente me dejé llevar corriente abajo por las emociones equivocadas mientras intentaba responderle –con la verdad verdadera que enciende mi fuego interno– al hombrecito de bigote que intentó poner un pie dentro de esta jaula.

Vergüenza. Siento vergüenza.

Me avergüenza el haber excluido, sin previo aviso, al hombre que me dio la respuesta que anhelaba conseguir, esa que creí no poseer aun cuando, sin notarlo, me había estado salpicando en las narices con tanta recurrencia.

Trece mil títulos.

Trece mil fracasos.

Trece mil maneras de hacerme quedar como un estúpido, día tras día, porque no había sabido captar, de buenas a primeras, la intención de las corrientes que surcan esta vida y la otra, y las conectan por medio de nosotros, quienes poseemos la respuesta verdadera, aunque no definitiva, pero tampoco única.

La respuesta yace ahí, al ras de las palabras.

La pregunta permanece tácita en nuestro interior, inscrita entre líneas o revoloteando en el aire como un perfume de marchita procedencia.

Insistimos. Insistimos en querer poseerlas, ambas, y materializarlas luego: usar una contra la otra para erradicar la indeseada y alzar la

restante sobre nuestras cabezas, cual trofeo, en la falsa creencia de que tal acto resultará ser, al final, nuestra salvación.

Es mentira.

Solo mentira.

Todo mentira.

Todo es cuestión de aclarar dónde se marcará un punto y aparte en cuestión y, con ello, dejarse llevar por el abrazo de la verdad que tanto hemos intentado fabricar con las manos.

Todo es un asunto circunscrito en los andenes de un paralelo nada evidente donde discutimos con la ropa puesta a la vez que, nuestra alma desnuda, frágil, intenta no perder noción de sí misma, intenta no abandonarnos.

Capítulo 27

CAPÍTULO 2

«Me lo imaginé perdido entre árboles de papel.

Deambulaba, sin dirección alguna, hacia grises profundidades entre bocetos y borradores olvidados, entre versos marchitos y relatos jamás empezados.

Sus pies descalzos dejaban huellas tintas a lo largo de un camino inexistente. Tras de sí se prolongaban, de la mano de la luz de un sol anochecido, sombras que le seguían paso a paso su recorrido.

Me lo figuré hipnotizado, con la mente nublada y los sentidos apagados.

Me lo figuré trastocado por las décadas que transcurrían a su alrededor sin siquiera rozarlo.

Se había convertido, quizá, en otra víctima, en otra alma que vagaría entre los vacíos que solo la inmortalidad, despreciable y absurda, sabe dibujar ante las almas incautas.

Pero solo se trató de un tonto sueño.

Solo se trató de un tonto enigma en que la vida joven de un alma ajena se comprendía a sí misma en medio del tedio transfigurado por la esencia eterna del reloj imperecedero.

Y sigo pensando que se trató, apenas, de una ilusión pasajera… aunque no dejo de pensar que aquel cuerpo me es un tanto conocido, un tanto familiar.»

Se nos fue de las manos. La realidad se nos escurrió por entre los dedos a medida que soñábamos, a medida que mandábamos al carajo las horas más tardías de la vida y nos sentábamos ante el escritorio a llenar líneas y líneas con aquel mensaje que solo él y yo sabemos transcribir.

La sensación del ayer glorificado ha vuelto a florecer en nuestro interior y no encuentro las palabras para preguntarle a Beltrán al respecto. Preguntarle por la acción y por el resultado que, noche tras noche, ha ido materializando una realidad que, desde hace ya doce años, apenas y evocaba al silencio.

Sí, doce años. Han sido tiempos demasiado complicados, verdades demasiado erráticas, voluntades quebradizas que se culpaban mutuamente por una u otra cosa, aun cuando la verdad de ambas voces siempre se ha retratado en el papel.

Jamás superaremos a Desiré.

Jamás olvidaremos a Sebastián.

Jamás nos dejará de doler Anita.

Jamás dejaremos de vislumbrarnos como una entidad dual, como un cuerpo que contiene dos almas en su interior, una mente que sustenta dos conciencias y un corazón que no se doblega ante dos voluntades diferentes, que son siempre la misma al final del día.

Y ahora las voces se han tornado cinemáticas. Las líneas que imprimimos sobre una hoja de papel blanco se han vuelto sangre y músculos que, en algún momento, darán vida a toda una obra nueva, con alma, sentimiento y corazón propios, ajenos.

He encontrado, al parecer, establecer un punto medio que me diste lo suficiente del *Dr. Jekyll* y su *Mister Hyde*. Aunque, de cierto modo, no quede todavía claro quién es quién entre Beltrán y yo, pero estamos en paz.

He logrado, luego de doce años de suplicio y guerras contra el espejo, firmar el documento que establecerá y reestablecerá la cordura en nuestras mentes, en nuestros actos, en nuestras palabras.

Volveremos a volcarnos, tal vez, con todo nuestro potencial excluido, sobre aquel mar del que tanto renegué durante esta vida en que me dejé morir de cierto modo. Pero no alcancé la muerte total porque nunca pude, tampoco, matar a Beltrán.

Siempre luchó en mi contra, desde mi propia alma. Se las ingenió para devolverme un poco de aquel *todo* que fuimos alguna vez y, con ello,

hacerme fijar la mirada sobre aquellas páginas de blanco marfil que, hoy, solo me hacen requisar –repetidas veces– entre mis angustias y mis deseos, entre mi amor de padre hacia Sebastián y mi extraño predicamento llamado Rubén.

Se ha despertado ese fantasma.

Se ha puesto de nuevo de pie.

Se ha vestido, una vez más, para postrarse ante el escritorio cuando la luna decora el cielo, cuando Beltrán yace del todo despierto y yo, de cierto modo, permanezco del todo dormido.

Capítulo 28

CAPÍTULO 3

Los criados se pasean por la casa en completo silencio. La diferencia es notable muy a pesar de la ausencia de sus voces.

Son como fantasmas en blanco y negro que van y vienen, casi a cualquier hora, que me miran a los ojos más a menudo, que me sonríen de vez en cuando, que me responden con un *"como diga, señor"* cuando les digo algo o un *"enseguida, señor"* cuando les pido algo.

Todavía muestran cierta timidez, todavía dibujan cierta distancia. No los culpo. La vida que se creó bajo el escrutinio absurdo del hombrecito del bigote los ha convertido en esclavos de un esclavo y, tal parece, no se han dado siquiera cuenta de ello.

Mis logros más recientes le han dado una nueva apariencia a la jaula que, de a poco, deja de ser tal cosa.

Mis logros, los "importantes", me han traído más felicitaciones y, con ellas, muchas más flores, flores con las que se han decorado los siempre pálidos espacios de este siempre vacío palacio.

Se han corrido todas y cada una de las cortinas –también blancas– develando la existencia de un mundo exterior a través de los ojos de la casa grande, ojos que han permanecido demasiado tiempo cerrados.

Mi padre insiste en conciliar una reunión conmigo. Yo insisto en dejarle en claro, a través del señor Esparza, el abogado, que no quiero verlo, que no quiero saber de él, que ya no me representa, que ya no podrá tomar nada de mí y que nada podrá hacer en adelante con mi nombre.

–¡No puedes hacer eso! ¡Solo eres un mocoso, un muy ingrato mocoso!

Pero no por mucho, padre.

El tiempo avanza apisonador, a ciegas, como invadido por una ira que explota sin control, una y otra vez, dentro de un cuerpo que no la soporta. Y yo soporté ya demasiado de todo, sobre todo de él.

¿A quién podría él culpar por mi acción y reacción tan recientes? ¿A quién podría señalar como la mente maestra tras el tan inequívoco y futuro resultado que, sabemos, lo dejará en la calle y con los bolsillos completamente vacíos?

Si tan solo pudiera, si tan solo tuviera la oportunidad para esbozar en su contra una verdad destructiva, le diría en su cara, con todos los matices que las palabras puedan o no llevar consigo, que la culpa es suya y solo suya desde el momento en que dejó a Ernesto deambular tras estas paredes.

Sí, la culpa de es Ernesto.

Mi libertad se la debo a Ernesto, así como se la debo a aquellos tantos fantasmas que pueblan mi biblioteca. Porque también se la debo al sueño de mi madre, ese que sigue siendo un misterio para mí.

Y también se lo debo, de cierta forma, a Camilo Alejandro Arteaga porque no dejo de pensar en él, nunca he dejé de pensar en él.

Así que somos, de a poco, más los que vivimos y convivimos en esta casa, porque los fantasmas han empezado a abandonar sus libros, han empezado a abandonar la memoria y, con ello, han empezado a hacerme compañía.

Empiezo a perder el temor.

Empiezo a aceptar la imagen que me devuelve el espejo.

Empiezo a confrontar las realidades obtusas labradas por la mala intención del hombre que ya no reconozco como padre.

Empiezo a aceptarme, de alguna u otra manera, tal y como se supone que soy: incompleto, complicado, absurdo, un tanto irreal, un tanto ficticio, escasamente humano y sumamente infeliz.

Ha sido difícil. He sido difícil.

Ha sido, en concreto, una experiencia contenida por los largos y lentos años en los que se me enseñó –obligó– a bajar la cabeza, a seguir

órdenes, a complacer, complacer, complacer, complacer los deseos de almas ajenas, de mentes ajenas, de ideas ajenas, de mundos ajenos…

Se me obligó a dejar de ser solo porque sí…

Se me obligó…

Me obligó…

Él…

Y hoy dejo a la vista, como un asunto de aguerrida voluntad, todo cuanto flagela mi alma y mi cuerpo.

Dejo a la vista la verdad de todas mis verdades mientras camino de la mano de todos y cada uno de mis fantasmas, mientras abrimos la jaula y arrojamos la llave lejos, mientras nos dejamos abrazar por el calor de un sol que se posa, pasajero, sobre el azul de un cielo que ya no me es del todo ajeno.

Y es justo ahí cuando la pared invisible se vuelve añicos, tal cual sucedió con el Muro de Berlín. Ya nada ni nadie me enajenaría de aquel mundo que suele volver la mirada hacia mí con palpable curiosidad, un mundo que desconozco por completo, un mundo que me ha traído a Ernesto de vuelta.

Capítulo 29

CAPÍTULO 4

El paseo matutino se vuelve una cortés y muy jovial bienvenida. Y la voz que saluda desde el otro lado del enrejado negro se pasea bajo la luz del sol como suele hacerlo solo bajo el resguardo del blanco-sobre-blanco que habita desde siempre.

Parece cosa de sueños. Quizá una ilusión. Tal vez sea tan solo una fantasía que se ha colado, en intervalos de tiempos pausados, entre nuestra realidad plena y aquella no tan ajena realidad fantástica.

El joven Rubén resplandece. La luz del sol, a su lado, parece cualquier cosa. Algo se había estado gestando dentro de aquella crisálida de blanco marfil, algo que hoy finalmente ha abierto las alas y se ha despojado de cuantas cadenas lo ataban a aquella cárcel.

Algo ha ocurrido dentro y fuera de este no tan distinto Rubén. Su tristeza joven insiste y persiste, de alguna manera, en quedarse impregnada en su tan locuaz manera desplazarse entre conversaciones y miradas, gestos y miradas, silencios y miradas.

Resplandece. Resplandece enserio.

Su mirar, su sonrisa constante, su manera de desviar las atenciones de cuanto se mueve en derredor, volverse centro de atención si siquiera serlo en verdad.

No viste de blanco. Lleva una camisa de azul tintado, suave, como bañada en el azul mismo del cielo. Hay algo de poesía en él: la destila, la exhala, la transpira, la genera sin siquiera notarlo con el tan maniático mover de sus delicadas manos mientras intenta podar las plantas del jardín

delantero.

–Espero no me malentienda, señor Ernesto –musita bajando un poco la cabeza; –Mi intención no era… no había sido… no fue… Perdóneme.

–Cada quien lidia con sus demonios a su manera –le digo y no volvemos a siquiera mencionar el tema. No vale la pena volver la vista atrás.

Ha cambiado sin cambiar y, al notarlo, vuelvo a caer en cuenta de las circunstancias que nos conectan, de lo levemente parecidos que somos en cosa de actitud, en cosa de supervivencia. Beltrán está de acuerdo conmigo.

Un algo, nunca dormido, despierta en mí.

Un algo, nunca apacible, espabila, ruge.

Beltrán nos mira desde fuera, como un tercero, y solo dice –a manera de burla– "el padre busca ser padre de quien no puede". Quisiera decir que le he ignorado, que me he centrado solo en Rubén, que tal cosa es un absurdo… pero sería como volver a vendarme los ojos.

Entonces volvemos al angustioso dilema, al tortuoso afán. Miramos directamente a los ojos del infortunio, del tormento, del inmenso vacío que siembra, día con día, el mismo juego de nombres en mi interior.

Volvemos a entorpecer la mirada con asuntos de un corazón que debe detenerse.

Volvemos a volcarnos ante la imagen de un Rubén que está falto de algo, aun cuando posee más de lo que nadie –jamás– podría soñar.

Volvemos a enfrentar la verdad de un Ernesto que está falto de algo, aun cuando ha llegado a poseer todo cuanto jamás pensó, todo cuanto jamás quiso poseer.

A uno le falta un padre.

Al otro le arrebataron un hijo.

A uno se le ha robado una vida.

Al otro se le ha negado su muerte.

Y nuestros ojos vuelven a vislumbrar, Beltrán, la figura del monarca de la gran casa de blanco marfil, el amo y señor de una siempre indispuesta soledad, soledad que compartimos desde la tan poética lejanidad que

pincelan nuestras respectivas y vacías generaciones.

Y hoy todo se ha teñido de proximidades igualmente preciosas, igualmente dolorosas, fantásticas, casi ficcionales, del todo literarias: tan solo somos trágicos personajes con almas de tinta y voces de papel.

Capítulo 30

CAPÍTULO 5

Me ha consentido una disculpa inmerecida. Me ha sonreído con la más grande todas las familiaridades y, por último, ha dicho adiós.

–¿Sería mucho pedirle que me visite pronto? –le pregunto sin pensarlo demasiado y con cierta vergüenza; –Quisiera ponernos al día.

–No suena mal –responde con su jovialidad habitual; –Solo espero haya pastel. Me lo debes.

Se marcha. Se marcha no sin antes robarme una sonrisa y arrebatarme una promesa que no tiene día, fecha ni hora, porque ninguno aclaró del todo nada.

Se marcha, calle arriba, perdiéndose entre el gentío del superpoblado bulevar. El ruido de los autos persiste, así como persiste el calor sobre mis espaldas. Pero no me muevo. No retorno mis pasos hacia el interior de la torre, ni me oculto de la luz de un sol que siempre arde, que siempre brilla, que siempre quema.

Su mirar, el tacto de sus palabras, la calidez de sus preocupaciones: ha cambiado. Ernesto, en cierto modo, ha cambiado. Quizá sus palabras no iban en una sola dirección porque hasta su manera de hablar es como un enigma.

–Cada quien lidia con sus demonios a su manera.

Algunos cierran los ojos y los dejan ser. Algunos abren los ojos solo para verse envueltos en un sufrimiento sin par sin siquiera buscar manera de detenerlo. Otros pocos se alzan, con las manos desnudas y los pies descalzos, dispuestos a caminar sobre el fuego y poner en cinta a aquellas

criaturas inexistentes.

Sigo pensando, creyendo, que demonio alguno exista, además del hombre en sí mismo.

Sigo defendiendo la tesis del mal que significa el hombre, del mal que siembra y del que cosecha, del mal que soporta y del que esparce. Porque todo cuanto viene del hombre viene del mal.

Luego está la mujer que –siendo hombre también– busca la luz, busca la confianza plena, busca el amor verdadero, busca la dulzura, la ternura, la amabilidad. Busca que lo ideal del amor sea el amor en sí mismo: la aceptación, el mutuo respeto.

Claro está, se trata solo de la visión de un alguien que sabe nada de sobre la humanidad, que sabe nada sobre las personas, que sabe nada sobre el amor.

Pero reconozco que Ernesto tiene un poco de eso. Reconozco que Ernesto tiene un poco de lo que mi madre solía aportarle a la vida cuando todavía tenía vida, cuando todavía reposaba en su cuerpo un alma, un corazón.

¿Acaso he empezado a buscarle una respuesta imbécil a mis necesidades de imbécil simplemente porque no me desprendo, madre, de este patético y desesperante vacío que significa no tener familia?

¿Acaso, madre, he empezado a sucumbir ante aquella verdad que susurraste en tus últimos días a modo de expiación?

La vida avanza y los días cambian el mundo que nace, crece, florece y se marchita para luego nacer de nuevo. La vida avanza en torno a todo, excepto a mí, y busco ocupar un lugar dentro de ese todo, lugar que me había sido arrebatado.

El día se escurre y las luces de la vida se tornan, pronto, noche. Me recluyo, entonces, en el centro de mi centro, entre páginas y páginas, leyendo, releyendo, escarbando entre aquellas voces la oportunidad adecuada, el sentimiento correcto.

Paseo por España, pero no lo encuentro.

Visito Japón, pero no lo encuentro.

Me detengo en Chile, pero no lo encuentro.

Entonces algo –o alguien– me guía de vuelta a los pasillos, me empuja con fuerza y me hace caer de rodillas ante Francia, me hace abrir bien los

ojos y mirar, fijamente, los de Francia.

Los fantasmas se alteran. Las voces se alteran. El profundo mar se agita en medio de una tempestad impredecible. Las aguas hacen ruido muy en la superficie mientras se enturbian muy en las profundidades.

La marea es una sola cuando el mar, en el corazón, sabe que la luna sobre el cielo la gobierna. Y se rinde, se arrodilla, cae como he caído yo, presa de unas cadenas que –muy extrañamente– nos liberan de la urgencia…

–J'implore ta pitié, Toi, l'unique que j'aime, du fond du gouffre obscur où cœur est tombé. C'est un univers morne à l'horizon plombé, où nagent dans la nuit l'horreur et le blaspheme.(*)

Mi voz deja de ser mi voz.

Mis palabras dejan de ser mis palabras.

Mi alma y mi esencia se revuelcan de una manera indescriptible mientras, con la mirada en todos lados y en ninguna parte a la vez, comienzo a extenderme, a entenderme, a entenderlo a él, a Baudelaire y a su DE PROFUNDIS CLAMAVI, porque soy yo mismo.

Mi voz no ha dejado de ser mía y solo mía.

Mis palabras siguen sin ser mías, pero no el sentimiento: ese es todo mío.

Mi ser entero se ha refractado como la luz a través de un prisma: ahora estoy habito varios cuerpos, habito varios lugares, ocupo varios puestos bajo un mismo océano ante los ojos de otros tantos fantasmas.

Voces fugitivas surgen entonces, desde el fondo, y sustentan la alta marea. Eclosionan. Surgen y se sumergen. Se alejan, se acercan. Se refractan, como me refracto, y vuelven a ser solo una, cada una, de nuevo.

¡Lo he logrado!

¡Finalmente lo he logrado!

(*) Fragmento de "De Profundis Clamavi". Poema del autor francés

Charles Baudelaire del poemario “Spleen e ideal”. Se traduce como:

“Yo imploro tu piedad, Tú, la única que yo amo,

Del fondo abismo oscuro donde mi corazón ha caído.

Es un universo triste en el horizonte plomizo,

Donde nadan en la noche el horror y la blasfemia”

Capítulo 31

CAPÍTULO 6

Confrontar la casa grande, aproximarse a la puerta principal, presionar el timbre y esperar. Esperar. Esperar. Entonces la puerta se abre silenciosa y una figura, de blanco y negro vestida, inclina un poco la cabeza antes de hacerme pasar sin decir o preguntar nada.

Me señala, de igual modo, las escaleras. Le doy las gracias y me inclino un poco ante ella de modo que se le escapa una leve sonrisa. Le doy una de vuelta antes de seguir el camino que se me ha trazado.

La cárcel no parece tal cosa. La casa grande ha cambiado en su interior: ahora tiene corazón, ahora tiene alma propia. Ahora se vislumbran coloridas flores por doquier como dando alusión a un nuevo paraíso.

La escalera me guía. Mis pasos me guían. El pasillo me guía. El frescor que habita la casa ha extinguido la pesadez de aquellos aires de encierro que poblaban, desde lo más bajo, todo cuando el cuerpo puede habitar.

Ya no más.

El perfume del abandono se ha esfumado.

El hedor de la soledad se ha esfumado.

La sensación de tristeza ya no está.

Y la enorme puerta de la biblioteca me espera entreabierta de donde, muy extrañamente, brotan susurros numerosos. Ambas cosas son, en mi corta experiencia, inusuales… ambas cosas son, en mi otra experiencia,

maravillosas.

Del otro lado, la realidad se ha tornado un poco –muy– distinta. Y lo distinto hace eco en medio de las tan solemnes presencias que pueblan, entre susurros, el casi infinito espacio de la biblioteca de Rubén.

Y los fantasmas van y vienen, de dos en dos, conversando, discutiendo, pensando argumentando, filosofando… todo aquello desde la otra vida.

Y reconocemos ciertos rostros, ciertas voces. Te topas con Hegel, con Hesse, con Quiroga, con Darío, con Quevedo y Baudelaire. A la distancia vemos a Dante con Virgilio, a Cervantes con Shakespeare, a Borges con Bioy Casares, a Faulkner con Oz.

Entre prófugos y fantasmas avanzamos hasta la mesa buscando al único –además de nosotros– que no es lo uno o lo otro. Entonces es cuando Rubén aparece, de la mano del joven Rimbaud, quien parece muy encaprichado con él.

No se ha percatado, todavía, del nuevo par de ojos que lo miran. No se ha percatado todavía de nuestra presencia –la de Beltrán y la mía– mientras yace sumergido en las palabras de aquel joven poeta.

La imagen de Sebastián se superpone, por un leve instante, pues la paternidad me zarandea en el interior recordándome lo mucho que había deseado ver a mi hijo de la manera en que veo a este joven de traslúcida presencia.

Respiro. Suspiro. Recobro la no tan absurda cordura que me queda y le pido a Beltrán que mantenga la boca cerrada, que no actúe, que no piense, que no sueñe ni desee nada. Le pido en vano que se distancie, que se dé una pausa.

Demasiado tarde.

Demasiado temprano, quizá.

Demasiado de algo…

Simplemente demasiado de cualquier cosa, de cualquier pensamiento, de cualquier momento incrustado entre las rendijas de un tiempo que no es tiempo, de una realidad que no es real, de un espacio que no es lo que parece ser mientras deambulamos entre fantasmas.

Hasta el propio Beltrán es un fantasma y no ha caído en cuenta, todavía, de tal asunto. Porque si el resto, en sus traslúcidas figuras, balbucean entre ellos pensamientos que no verán jamás la luz del día, las palabras que surgirán de boca de Beltrán –que es mi boca– tendrán, quizá, el

mismo valor de aquellas otras tantas ininteligibles palabras ajenas.

En el instante preciso en que la joven figura del poeta maldito alza la mirada y confronta la nuestra sin soltar la mano de Rubén, comienza a deslizarse una leve brisa en nuestro entorno.

Es un algo mágico.

Es un algo poético.

Es un algo magistral, sobrenatural, literario hasta la última de todas las consecuencias, humano hasta la más ínfima de las verdades.

Rimbaud sabe de nosotros, pero no Rubén. Su alma sigue perdida tras la corriente que solo Arthur ha logrado navegar, corriente que solo Arthur ha logrado conjurar y no lo culpo.

En cierto modo, desde este ángulo, Arthur y Rubén parecieran compartir lazos de alguna manera. Un ligero parecido entre ellos, apenas distanciado por el largo de su cabellera, haría pensar a cualquiera que son familia: quizá primos, quizá hermanos…

Entonces pienso en Sebastián.

Entonces recuerdo a Desiré.

Entonces volvemos a mirar hacia aquel pasado, volvemos a recurrir a la mecánica del relojero, a la manera del hacedor de sueños que, de a poco, manipula las realidades cercanas valiéndose de fantasías circulares.

Circular como el tiempo.

Circular como la vida.

Circular como las realidades cuando se quedan irremediablemente estancadas, marchitas, abriéndole paso a aquello que llamamos, en la cotidianidad, monotonía. Los demonios más voraces del ser humano habitan en esa región de la vida.

Es cuando reavivamos la nostalgia, el lamento, la tristeza. Es cuando nos volcamos, sin remedio, en los asuntos del alma intentando, luego, remediar con entereza y fe las cosas que se han alejado demasiado de nosotros.

Luego sucede lo inesperado.

Luego sucede un intercambio donde, un alguien, por alguna razón, nos sitúa en un marco distinto y nos devuelve el motivo más directo para

confrontar, un tiempo a la vez, este asunto de hombres que llamamos vida.

Capítulo 32

CAPÍTULO 7

Llueve. La suave brisa se enfría de a poco mientras, del techo, caen con lenta soltura unas pocas gotas de lluvia. Las otras voces, como si nada, siguen en lo suyo, deambulando los parajes de este jardín de flores de papel.

La biblioteca ya no está. Los estantes ya no están. Todo ha sido trasmutado a una forma más solemne, digna de aquellos fantasmas que ahora deambulan con total libertad por esta casa, mi casa.

El techo sigue ahí, cumpliendo papel de cielo. Un cielo blanco de nubes acumuladas, nubes que lloran de a poco mientras susurro, para evitar diluvio alguno, las palabras que surcan las páginas que alguna vez escribió Rimbaud.

¿Tenía acaso mi misma edad cuando alcanzó la cima que intento dominar? No lo sé. Solo sé que, a diferencia de él, no pretendo abandonar, no pretendo abandonarme.

Y es su rostro el que me mira con cierta vergüenza desde aquella otra realidad, esa que habita junto a los suyos. Su vergüenza tiene razón de ser: sabe lo que pienso, sabe lo que siento, sabe lo que opino porque lo he dicho en repetidas ocasiones, siempre con su obra entre mis manos.

Es una conversación que ya hemos llevado a cabo con anterioridad, aunque apenas hoy haya sido capaz de verle de plano el rostro, de escucharle de lleno la voz y sentir, como debería, sus tan marchitas emociones.

Leo. Mientras espero algo importante, leo, musito, repito, respiro, completo una experiencia fallida a lo largo de trece mil intentos, a lo largo

de trece mil fracasos, a lo largo de trece mil maneras de verme morir entre emociones constantes y sonantes, entre silencios y palabras tan ajenas como mías, tan delicadas como precipitadas…

Me pierdo, como nunca, entre lo que dice o deja entre dicho. Me pierdo mientras siento cómo me toma de la mano a medida que avanzo, a medida que florezco entre la tristeza, a medida que provoco la lenta lluvia que se resbala por mi rostro.

–¿Tenemos casa llena? –preguntan desde el fondo del pasillo. Espabilo y la sonrisa de Ernesto me recibe a la distancia.

–Invitados recurrentes, por así decirlo –le digo mientras borro de mi rostro las huellas de una lluvia pausada. Rimbaud se ha quedado en silencio.

Puede verlos, estoy seguro de ello. Puede escucharlos, incluso mejor que yo, eso me ha quedado demasiado en claro.

¿Quién es, en realidad, Ernesto Marín Alameda? ¿Quién es el fantasma que yace, en él, oculto a simple vista? ¿Cómo o por qué me es imposible reconocerlo aun cuando alcanzado a escucharlo las tantas veces que se ha plantado ante un libro?

Quizá la respuesta permanezca oculta a simple vista. Quizá se trata, tan solo, de un misterio fabricado con lujo de detalles, un misterio que cumple la misión de disfrazar, de ocultar, de engañar… pero, ¿por qué?

¿Por qué su presencia, envuelta en un misterio que no puedo develar, sigue pareciéndome necesaria? ¿Por qué encuentro cierta sintonía con él a la vez que le doy cierre a una etapa de singular agonía?

No lo sé.

No lo sabré.

Tal vez lo llegue a saber alguna vez.

Tal vez, en medio de uno de nuestros encuentros, en medio de una de nuestras conversas, la literatura nos lleve a un camino distinto y pueda yo contarle de mis ángeles, de mis demonios, de mis visiones y sueños y, quizá, él me hable de toda aquella bruma que habita en su interior.

Tal vez…

Solo tal vez…

Quizá, tal vez…

Mientras tanto, por cosas de literatura, su voz se acompasa con la de Moisés Beltrán mientras dejo a un lado a Arthur, a medio leer, sin siquiera despedirme de él, sin siquiera devolverle por un leve instante la mirada a modo de disculpa o algo por el estilo…

En cuanto a mí mismo, me encuentro en tres lugares a la vez: mi cuerpo yace ante los ojos de Ernesto, mi mente se vuelca en los asuntos a resolver que tengo con el señor Esparza y mi corazón solo busca conciliarle una calma eterna al alma de mi madre y al secreto que me confirió como tarea, a modo de rompecabezas.

Jugó por última vez, antes de morir, basándose en lo mejor y lo peor de su propia manera de ser, de su carácter y de su manera de confiar y desconfiar en las personas. Con su acción me quedó claro que no confiaba para nada en el hombrecito del bigote… y con razón.

El señor Esparza ocupará, mañana, su lugar al otro lado del escritorio, en el estudio, y daremos por finalizada mi relación con el susodicho hombrecito del bigote, con esa sanguijuela maldita, con ese manipulador farsante.

Cumpliré el último deseo de mi madre, ese que me dejó por escrito depositado, fragmento a fragmento, en cada uno de los libros de la enorme biblioteca que poseía cuando todavía vivía.

Esa fue mi herencia. Y mi error fue, claramente, esbozado por mi propia manía, por mi propia sensación de orden: toparme con las pistas fue como una casi interminable búsqueda del tesoro.

Cuando al fin el mapa me llevó a la X que marcaba el lugar, lo que encontré fueron una serie de verdades constipadas por una pesadez que, todavía, tenían el perfume de mi madre, el perfume de su dolor y las huellas emborronadas de un arrepentimiento sin igual.

Aquellas palabras perdidas se volvieron el principio de mi liberación. Aquella velada última voluntad de mi madre fue, en todo caso, bastante clara: Rubén Marcano Suárez debía desaparecer para siempre, morir para toda la eternidad.

Capítulo 33

CAPÍTULO 8

Conozco a Teófilo Esparza desde hace ya más de veinticinco años. Desde que guardé silencio no había vuelto a saber de él. Fue el primero al que le di la espalda cuando escupí sobre Moisés Beltrán cinco años después de que Desiré me abandonara.

Hoy, una semana luego de mi encuentro con Rubén, impulsado por un acto prófugo de desconcierto y una muy singular sensación de claridad, he tomado el teléfono y le he marcado. No dije demasiado, solo le pedí reunirnos.

Es el único contacto cuya vergüenza me permite recobrar. Mi viejo editor, Ignacio Mosquera, se habría sentido halagado al infinito si me hubiese puesto en contacto con él directamente, pero he preferido pedirle ese favor al propio Teófilo. Sabrá cómo hacerlo sin hacer mención alguna a ninguno de mis dos nombres.

Mientras tanto, recobrando un poco la experiencia vivida con Rubén hace pocos días, he optado por recolectar las notas y rayones que ha estado dejando Moisés a lo largo y ancho de la casa, con la esperanza de que alguno de aquellos fantasmas tenga valor alguno.

Lo cierto es que no quiero despreciarlos. No quiero hacer como si nunca los hubiese padecido. Y si de verdad pretendo retomar mi nombre, el otro, el de las vitrinas, lo haré cubierto y descubierto, al mismo tiempo, por la esencia propia del exilio.

Carpeta tras carpeta, hoja tras hoja, palabra tras palabra, he ido organizando el contenido de este infinito itinerario encaminado hacia el

auto desprecio, la desesperación y el auto aborrecimiento.

La voz de Moisés, en mi interior, ha menguado desde hace unas cuantas lunas atrás. Lo he recuperado, así como él me ha recuperado en la totalidad de nuestro tan inconveniente convenio. Porque siempre es un dolor de cabeza esto de ser dos sin dejar de ser tan solo uno.

Una dualidad prolífera que se sustenta, tan ciegamente, en el dolor de uno y en la ambición del otro, en el vacío de uno y en la tan desesperada necesidad del otro por sacarlo todo a la luz, darle belleza a la catástrofe que representamos, por un lado, Ernesto y, por el otro, Moisés.

Beltrán no sería Beltrán de no ser por Marín. Marín no estaría, en lo absoluto, completo –dentro de su propia manera de sentirse falto de algo– de no ser por la constante y no tan silente presencia de Beltrán.

Y la tercera esencia, esa que me condena, sigue llevando por nombre Desiré, sigue clamando a favor de Sebastián, sigue preguntándose al respecto de Anita… insiste en quedarse, parte y parte, clavado en aquel pasado a la vez que vislumbra un presente-futuro muy distinto gracias a un tal Rubén.

Esa necesidad que tiene mi alma por deambular, casi a voluntad, por la senda más oscura, perderse del camino de la luz hasta hallarse, por completo, bajo el abrazo de la penumbra, in tenebris.

La luz seguirá dictando el paso del cuerpo, y todo desde la profundidad de un corazón que se expone, de nuevo, ante las fauces de un pasado que nunca dejó de perseguir, ante una serie de sentimientos nacidos de nombres que se repiten, una y otra vez, a veces a saltos, a veces en línea recta.

Es cuando Teófilo me recibe con un abrazo y una sonrisa sin igual. Ignacio reacciona igual, pero le cuesta mucho más el separarse de mí tras el abrazo.

Largos han sido los años que he permanecido en falso silencio oculto tras un nombre que muy pocos han llegado a, siquiera, saborear. Largos han sido los años en que esta triste mirada mía no se había atrevido a dejarse ver por sus viejos amigos.

El arrepentimiento es, quizá, demasiado grande. Mis ganas por volver al frasco son, en extremo, insensatas, pero Moisés insiste en dejarme tomar la decisión final esta vez. Que cualquiera de ellas será, al final, la correcta. Que la salvación podríamos o no encontrarla en este momento, porque quizá no sea el momento en realidad, tan solo una ilusión del mismo…

Una nueva puerta se abre ante mis ojos. Una puerta que vengo persiguiendo desde el momento en que cerré todas las demás hace doce años atrás: liberación.

Una nueva visión ha surgido en mí, hoy, cuando la conversación se convierte en un algo muy distinto, cuando la puerta tras nosotros se abre y una figura joven, delgada, de cabellos oscuros, largos, cruza el umbral.

Nuestras miradas se topan. Su sonrisa surge al momento de tenderme la mano y sorprender a Teófilo por nuestra cercanía, por él desconocida. Tampoco tenía idea de que este par se conociera.

–*No sabía… que ustedes…* –musita un tanto sorprendido.

–*El mundo es bastante pequeño, dicen por ahí. Quizá tengan razón.*

Y suelen ser esta clase de pequeñeces las que cambian vidas, para bien o para mal, porque así es el destino de los hombres.

Algunos dicen que se trata de acontecimientos y casualidades guiados por la voluntad de un Todopoderoso. Algunos creen que se trata de cuestiones de buena o mala suerte. Otros creen que el karma suele ser un intermediario entre las buenas y las malas acciones. Otros creen en otras tantas cosas…

Yo creo en el corazón humano. Yo creo en la verdad, creo en la mentira, creo en la condición que da forma y cuerpo a una decisión tomada, creo en la intención, en el misterio y en el secretismo como arma maestra.

Creo en la confidencialidad, en la confianza, en la lealtad y en la buena voluntad de los hombres cuerdos. Creo, sin duda, en las lágrimas derramadas por Rubén al momento de escuchar, por boca de Ignacio, mi otro nombre.

Creo en la veracidad de una verdad contada a medias a modo de falso suplicio, simplemente porque no se puede confiar en los que yacen alrededor, porque no se le puede fiar un tesoro invaluable a un alguien de poca confianza.

Entonces el alma de Desiré surge de un folio y se muestra, palabra a palabra, cual rompecabezas, y se desnuda para mí, finalmente, la rotunda verdad que enmarca su nombre y su existencia.

Al fin conozco el paradero de mi Desiré. Al fin he tenido respuesta sobre mi Sebastián. Al fin he sido capaz de conocer, por medio de sus palabras, a Ana Lucía, que falleció a los pocos meses de nacida. Y su gemelo,

Rubén, yace ante mis ojos con sus dieciocho años recién cumplidos.

Comprendo demasiado poco a la vez que he logrado asimilarlo todo. Se me ha aturdido por completo el razonamiento y solo me queda volcarme sobre el presente inmediato, dejar correr aquel mar que jamás fui capaz de llorarle a mi Desiré, ni a mi Sebastián…

Comprendo demasiado la intención camuflada que sustenta la tortura vivida por el pequeño Rubén y la farsa sembrada sobre su hermana Ana, porque ella siempre fue así de intrincada, de compleja… toda una mártir.

–*Rubén Marcano Suárez no existe…* –dijo entonces con aquella tristeza joven brotándole, una vez más, del cuerpo. Pero en sus ojos se veía una chispa de felicidad infinita.

–*"Solo Moisés Beltrán conoce tu nombre, querido Rubén, tu verdadero nombre"* –dice luego de un breve silencio, citando a la perfección el texto que tengo entre mis manos; –*"Él y solo él podrá devolverte la vida y la identidad que te ha robado el pedante al que hice creer que eras sangre de su sangre"*

Ahí comprendí que todo aquello se trataba de un último y muy desesperado intento suyo, desde la otra vida, por dar marcha atrás a su decisión original de abandonarme. Que su corazón no lo había soportado enserio y que quería arreglar las cosas que yo había destrozado con los pies.

¿Acaso Teófilo lo sabía? ¿Acaso es pura casualidad que él, precisamente él, sea su contacto legal? ¿Acaso se acaba de enterar de todo esto justo ahora, así como yo?

¡No importa! ¡Nada de eso importa en verdad! Solo importan Desiré y Sebastián, Ana y Rubén… que no se llama Rubén… que no tiene otro nombre más allá del que, según Desiré, solo Beltrán conoce… un nombre que, se supone, yo conozco.

–*Rubén Marcano Suárez no existe, Ernesto* –dice llamándome por mi nombre de pila, a modo de súplica; –*Entonces ¿quién soy?*

–*Eres el hijo de Desiré Agustina Bermúdez* –dije volviendo mi mirada hacia él; –*Te llamas Marcial Augusto Marín Bermúdez… mi hijo.*

Capítulo 34

EPÍLOGO

«Querido y muy amado Rubén:

Mucho tiempo debió tomarte recolectar, fragmento a fragmento, la nota que hoy, finalmente, sostienes entre tus tiernas y lindas manos.

He decidido dejarte esta nota de esta y de ninguna otra manera por la delicada cuestión que en ella he de revelarte respecto a quien soy, a quien eres en realidad y a todo lo que debes aprender a soportar, en mi ausencia, de aquel molesto sujeto que se hace llamar tu padre.

Primero que nada, hijo mío, déjame aclararte una cosa: Rubén Alejandro Marcano Suárez, el hijo de Agustín Marcano y Sofía Suárez no existe. No confío demasiado en nada, ni siquiera en el destino de esta carta, por ello, mi amor, me resguardaré mi verdadero nombre.

Tal vez, con ello, te dificulte demasiado el hallar la respuesta de esta encomienda que te dejo, mi amor, pero existe un alguien que te dará todas las respuestas posibles e imposibles, esas que yo no podré darte, por obvias razones.

¡Búscalo! Encuentra a Moisés Beltrán, el escritor. Solo Moisés Beltrán conoce tu nombre, querido Rubén, tu verdadero nombre. Él y solo él podrá devolverte la vida y la identidad que te ha robado el pedante al que hice creer que eras sangre de su sangre.

He pecado al ocultarte tantas cosas, mi amor. He pecado al ocultarte tu origen verdadero y te alejé del que debía ser, en realidad, tu destino: ser feliz.

Tienes un hermano mayor. Yace oculto al otro lado del mundo viviendo bajo el cuidado de una hermana mía. Viniste al mundo con una hermana, una gemela preciosa cuya muerte, a los tres meses de nacida, me devastó más de lo ya estaba.

He mentido de una manera infame creyendo escapar de una vida que me parecía infeliz. He mentido, hijo mío, de las maneras más infames solo para diluir con el tiempo la verdad de la que quise alejarme, verdad que te toca excavar y descubrir por cuenta propia.

Lamento demasiado, mi amor, tener que darte esta misión a ti, que te encuentras tan solo, que se te nota tan triste, que has decidido no parecerte a mí o a tu padre, sino a tu abuelo paterno, el que te da nombre.

Perdóname, por favor, la vida en la que te sembré. Perdóname por el hombre que te ha hecho compañía. Perdóname por cada bestialidad por él engendrada en tu contra… pensé que no tenía opción… PERO LA TENÍA.

Me equivoqué en todo. Me equivoqué casi tanto como se equivocó tu padre conmigo. Me equivoqué al no intentar solucionarlo en el momento debido, de la manera adecuada, simplemente porque soy una cobarde.

Te amo y te amaré para siempre jamás.

Sofía Suárez»

Maracaibo. Diciembre 2020.